

COMENZAR DE VN CAMI-  
NO-CVENTOS Y NOVELAS  
CORTAS POR GASTÓN  
FEDERICO TOBAL



JOSE LUIS  
BIBLIOTECA  
BENT RODRIGUEZ

ARNOLDO MOEN Y HNO., EDITORES  
323, FLORIDA, 323—BUENOS AIRES

MCMIX

Para mi Brown Va  
book.

Just Found it

book photo Falen / 918

Comenzar de un Camino



# El Diario de Lucy Ccampo



## EL DIARIO DE LUCY OCAMPO

---

*A Eduardo Bunge*

Serían las siete de la mañana cuando el *landaulet* de Ocampo se detuvo frente al hotel de la Avenida Alvear. La familia regresaba de la temporada balnearia de Mar del Plata y por la portezuela que uno de los pequeños se adelantó á abrir, descendieron los señores y los niños, alegres con la novedad del llegar. Lucy bajó la última. Un dejo de tristeza velaba la expresión delicadísima de aquella niña de veinte años, más encantadora aún, en el abandono de su atavío matinal.

Al bajar, después de estrechar á la vieja aya que le tendía los brazos, subió lentamente la espléndida escalera del hall cruzó un pequeño corredor y abriendo una puerta penetró en su cuarto. Todo estaba

cual lo había dejado al partir, una noche de Enero : los cortinados envueltos; arrollada la rica carpeta de Esmirna en un extremo del encerado *parquet*; enfundados los muebles; cubiertos de gasas rosadas los colgantes eléctricos; los vasos sin flores... Lucy abrió las ventanas que daban sobre el jardín y fué recorriendo amorosamente todos los objetos que adornaban la estancia. Abrió el guardarropa y los roperos vacíos, se miró al espejo, movió la cama y luego, del cajón de su riquísimo *secretaire* de palisandro, sacó un manojo de flores, de pétalos entumecidos y extraños. Debajo había un pequeño libro finamente encuadernado. Lo tomó y con trémula mano abrió las últimas páginas escritas. Era su pequeño confidente, el diario de su vida. Lucy leyó sus páginas y á medida que leía, embargada por intensa emoción fué demudándose. Ella decía así:

«*Lunes 11 de Noviembre.*—En este momento acaba de retirarse Beba Frers. Vino esta tarde y se quedó á comer. Hemos tenido mucha gente porque es día de recibo y el santo de mamá. Eduardo Guerrero; mi asíduo festejante, estuvo también... ¡Pobre Gue-

rrero! esta noche mis nervios excitados no lo han podido soportar. A las diez me retiré del salón con el **prétexto** de **una** **lijera** enfermedad y me vine con **Beba** á mi cuarto. **Mamá** **debe** estar enfurecida. Beba ha estado conmigo casi dos horas. Teníamos que hablar tanto!

La noche está espléndida. Por el vano de la ventana entreabierta llegan hasta mí los efluvios perfumados del jardín, y hay algo de piadoso y de místico en este aire embalsamado de aromas de primavera, de retoños nuevos, y corolas frescas. En el vecino reloj de la Recoleta dan las doce... Las campanadas se suceden lentas, y en el continuado desgranarse de los tañidos en el viento, paréceme que la noche hubiera condensado sus palpitaciones misteriosas. El andar de un carruaje interrumpe el silencio. Me inclino... Es Beba que parte. En la calzada brillan los faroles de los coches estacionados; muchos quedan aún. Al fondo, en el cementerio, detrás de las frondas de los árboles, **ennegrecidas** las blancas cruces que coronan las tumbas, parecen almas de penitentes acurrucadas en hileras dispersas. Bañada por la

luz de la luna se destaca, con contornos extraños, la imagen del Salvador que corona el templo, y al lado del pastor y de la grey inmóvil, el campanario, en la obscuridad, me hace pensar en un conjuro de aquellos seres, petrificando bajo el azul profundo en el que tiemblan las estrellas y brilla la luna pálida.

La cabeza se me da vueltas y siento en los párpados una aridez febril: es la imagen de ese joven casi desconocido que me persigue, es una cara pálida, son sus ojos verdes, incomparablemente verdes. Se llama Alberto Lasala. Lo veo todas las mañanas por Florida cuando salimos á las once con Beba á caminar. El viene con Charles, el hermano de Beba. Regresan de la Facultad. Me llamaron la atención sus ojos.

— Mira — le dije hace unos días á Beba, — mira que hermosos son. ¿No sabes su nombre?

— Es Lasala — me dijo, — es de una familia muy vieja, pero no tiene fortuna. La madre es amiga de mamá. Ella es García Lagos. ¡Si vieras que linda es! Enviudó hace poco y tiene dos chiquitas riquísimas. Él es muy amigo de Charles y tiene su misma edad, diez y nueve años.

— Cuando pasa — le respondí, — yo no hago otra cosa que mirarle los ojos. ¡Qué hermoso contraste forma ese iris tan verde con las pestañas negras, la palidez de su semblante y el cabello oscuro caído sobre la frente !

— ¡Qué daría por tener sus ojos ! — añadió Beba ; — sería preciosa, aunque en realidad ninguna de las dos podemos quejarnos de nuestros ojos negros.

— Sin embargo, los cambiaría — le respondí sonriendo. — Estoy encantada de esos arcos de esmeralda.



Pasaba esta mañana por lo de Frers, de vuelta del Socorro, cuando Beba que estaba en el jardín, hizo parar mi automóvil y me llamó.

— Bájate — gritaba corriendo á la vereda, — bájate que tengo que contarte una gran novedad. ¿Sabes? Alberto Lasala está enamorado de tí. Me lo ha dicho Charles. Dice que ya había notado que cuando pasábamos se le mudaba el rostro y que ayer al verte que salías de lo de Fabre con tu mamá, le dijo : « ahí viene Lucy Ocampo; mira que encantado-

ra », y me contó Charles que el chico García, que venía con ellos, le dijo embromándole: «Ché, Lásala, te apuntas muy alto. ¡Cuidado! Voy á decirle á la señora que pretendes desbancar á Guerrero ». Y como se lo dijo casi en momentos en que tú pasabas, se turbó de tal modo, que se le encendió completamente el semblante.

Yo, que lo había notado, callaba encantada. Beba proseguía: — ¿Y por qué no le haces caso Lucy? A esa edad es cuando los hombres saben amar. Es natural que con un muchacho tan joven no te vas á comprometer, pero siempre es una variación y una diversión deliciosa. ¿Tú crees que Guerrero se pueda inquietar? Como quieres que vaya á temer á un rival de diez y nueve años. Además, hijita, piensa que estamos en una época en que no hay diversiones: todo se compone de Palermo á la mañana, Palermo á la tarde y Palermo á la noche. Yo también tengo mi candidato: ¿Sabes quién? Diego Arana. tú le conoces, ¿no es verdad? Es muy simpático y por la manera como me mira creo que el muchacho está enamorado de mí.

— ¿Sabes, la interrumpí, que lo he visto á Diego en misa de once? Estaba en el Socorro.

—Pues iré el domingo, Lasala va á la de una. Ayer recuerdo que nos saludó cuando salíamos con Carmenza.

La señora de Frers desde el carruaje gritaba impaciente:

—Beba, son las once y cuarto y me vas á hacer perder la misa. Lucy, ¿Quieres venir con nosotras á San Ignacio?

—Sí, ven... decíame Beba caminando hacia el coche.

—Gracias, Anátilde —le respondí,—pero no puedo. Hoy es el santo de mamá y además tengo que almorzar temprano.

—¿Vas á alguna parte? preguntó Beba.

—Sí, á misa de una,—le respondí sonriendo.

Beba prorrumpió en un ¡ah! para mi desconcertador y luego en una alegre carcajada.

—¿Qué es eso niñas? preguntó Anátilde azorada.

—Nada, mamá; es que Lucy está muy devota. ¡Fíjurate que oye dos misas!—y mientras me besaba, añadió muy quedo:

—Veo que sigues mi consejo. ¡Hasta luego!

.....

Debía ser tarde cuando llegué al Socorro, pues al detenerse el automóvil, llegaron á mi los ecos mitigados de las campanillas que entonaban el sanctus. Por el atrio soleado y desierto avanzaba una sombra... No necesité volverme para saber que era él. Llegamos casi juntos á la puerta y él se detuvo, para dejarme pasar. Entonces yo alcé la vista y dejé caer en él una de esas miradas que sólo saben lanzar mis ojos ardientes y lánguidos, y en aquel batir de párpados sorprendí una voluptuosidad angustiosa en sus pupilas inmensas, ví crispase sus labios exangues y palidecer más aún su rostro... Yo entré al templo radiante, con ansias infinitas de rezar... y rezé y debí rezar mucho, porque cuando los murmullos de los pequeños que venían á la doctrina interrumpieron mis ruegos, el templo estaba casi desierto. Cerca de la puerta me encontré con Carmenza, encantadora en su traje blanco. Yo debía tener algo extraño en mi fisonomía, porque Carmenza, mirándome, me dijo: «Te noto, Lucy, algo raro, aún que hoy estás deliciosa».

Salimos juntas y Alberto que aun estaba en el atrio, saludó. Ese saludo á Carmenza, me produjo una angustia infinita. Recordé las palabras de Beba. ¡El no estaba allí por mí, era por ella! Beba me ha asegurado esta noche que el doble encuentro con Carmenza es una casualidad y que no la festeja... ¿Será cierto?

Mañana empiezan los ejercicios en el Sagrado Corazón.

\* \* \*

*Sábado 14 de diciembre, 3 de la tarde*—Estoy desolada. El tiempo no puede seguir peor. Después de azotarnos varios días, la lluvia maligna ha cesado hoy pero en cambio un viento asolador sacude con violencia las copas de los árboles. Beba me acaba de hablar por teléfono, diciéndome que la comisión de Damas de Misericordia no ha resuelto aún si suspenderá el *diner - concert* que ha celebrarse esta noche en el Pabellón de los Lagos, pues esperarán á ver si el tiempo se compone á las cuatro. ¡Cuántas esperanzas ciframos Beba y yo en esta fiesta! Los conoceremos por fin! Nosotras estamos invitadas por Susana Torres, que da una gran comida de

ochenta cubiertos. Charles ha reservado una mesa muy cerca de la de Castex y ha invitado á Diego y á Alberto. Nos los presentará cuando bajemos al jardín. Beba está encantada con Diego, pero estoy segura que á ambos la aventura no les hace mal. Beba es deliciosa, pero incapaz de amar; de Diego casi afirmaría otro tanto; en cambio el pobre Alberto... A veces me arrepiento de esta locura que puede ser cruel. Beba, sin embargo, me quita todos los escrúpulos. «No seas tonta,—me repite á menudo—¿tú tienes la culpa de que el muchacho te quiera? y él mismo que más puede pretender?»

A la hora del almuerzo habló Susana con mamá para comunicarle que había invitado á Guerrero. Mamá quedó encantada. «Ya ves — me dijo, — como todo el mundo da como un hecho tu compromiso. Cuida bien como te portas y reflexiona que 'es locura que desdenes á ese mozo que reúne todo lo que tu puedes desear. Figura, posición, dinero...» ¿Y el amor? Mamá no se preocupa si existe amor, no lo cuenta. Yo en cambio, que casi ya me había ido acostumbrando á este compromiso que veía venir,

---

desde aquella tarde en que me encontré con Alberto en el Socorro, trato de evitar una declaración de Guerrero, porque no podría ni sabría mentir. Y, sin embargo, me doy cuenta de que con Lasala no me voy á casar. Oigo de nuevo la campanilla del teléfono. Debe ser Beba... Era ella, en efecto. Me hablaba muy contenta para decirme que el cochero que siempre acierta sobre el tiempo, le ha asegurado que á la tarde se va á componer. Dios lo quiera, porque si la fiesta se suspende no podré conocerle, pues nos vamos pasado mañana á la estancia, hasta Enero, en que nos iremos al Bristol. Beba me dice también, que acaba de probarse su traje y que le queda espléndido. No ha querido decirme como es. El mío es elegantísimo: de espumilla blanca, con manojos de flores estampadas, de colores muy ténues, verdes y bleus, adornado en la bata con un soberbio cuello de Irlanda. Mi sombrero también es traído, modelo de Caroline Reboux, es gris, de paja con dos grandes amazonas, una topo y otra bleu, y debajo, en el ala, tiene una coronita de rosas, me lo ha elegido en Paris, Angelica Urioste. Ayer, cuan-

do vino Beba, me lo probé con el vestido: me quedaba elegantísimo. « A la verdad — repetía Beba, — no hay modista que tenga el gusto de esa mujer, Verás el mío.

\*  
\* \*  
\*

*Diciembre 15, 3 de la mañana.* — ¡ Ah, Señor, que noche incomparable! Me acabo de levantar al oír dar las tres. No puedo dormir. En vano pesa el sueño sobre mis párpados: mis ojos no se pueden cerrar; quieren ver más, aunque inutilmente se fatigan de mirar en la sombra!

La tarde se compuso y la noche no pudo ser mejor. A las ocho vino Beba con Charles á buscarme. Estaba preciosa, con un traje de valencianas blanco, con cintas verdes y el sombrero blanco.

Cuando llegamos, el aspecto de la terraza, con tantas luces, era deslumbrador. Yo me senté casi al extremo de la larga mesa. De un lado tenía á Guerrero, del otro á Luisito Gimenez, enseguida Beba, enfrente á Susanita, á Blanca del Solar y á Carmenza. Alberto que estaba en la mesa de Charles, muy cerca mío, al verme se sonrojó, y yo misma debía

estar muy rosada porque Carmenza me dijo: — «Lucy, estás hoy como aquella tarde en el Socorro, ¿te acuerdas?» Las tres horas de la comida pasaron muy rápidas para mí, que en esta noche casi había perdido la noción del tiempo, fascinada como estaba por esos ojos glaucos, que; sin mirarlos, los adivinaba fijos sobre mí. A las once bajamos al jardín. Fué junto al cinematógrafo, donde Charles me lo presentó. Alberto me dió la mano casi temblando. «Tiene los ojos trágicos» — me dijo Beba, acercándose y presentandome á Diego, con quien conversaba, como con un viejo amigo. — «¿Qué te parece, Lucy, que diéramos una vuelta en el lago?» — exclamó de repente A todas las muchachas y á Diego les pareció encantador. Alberto no contestó, pero ví en sus pupilas una expresión suplicante. — «No vayan, muchachas, que les puede hacer mal, pues está la noche muy fresca», nos dijo Anatilde. — Y hay mucha humedad — añadió Susana, interrumpiendo la narración de no sé que reminiscencias de una novela de Anatole France. Ante la insistencia de Beba y la intercesión de Luisito Gimenez y de Guerrero, Anatilde

accedió y el señor Frers se decidió á acompañarnos.

Subimos á la góndola. Seríamos como quince. Guerrero, á ruegos de Beba, nos hizo de timonel. Ella se sentó al lado de Diego y detrás de ellos Susanita con Charles; yo subí la última y á mi lado, en el único lugar disponible, se sentó Alberto.

¡Qué algazara fué aquella! Todos reían y charlaban, espantando á los pobres cisnes que huían asustados. Sólo él guardaba silencio, contemplando la imágen movediza de la luna sobre las aguas. — «Es mi astro, — me dijo de pronto, con la voz animada de vehemencia, — Es la eucaristía santa de las almas tristes, la virgen infecunda, el símbolo de los que sienten amor y no abrigan esperanzas....!» Y yo, entonces, alcé los ojos y ví la hostia pálida suspendida en el azul profundo. Debajo el islote del centro me pareció el ara inmensa y en las dos hileras de casuarinas que bordean la orilla creí ver, detenida, una doble teoría de esos peregrinos tristes... El continuaba: — «Es el astro de los desolados, de los que velan en la noche. No es inmutable como el sol: crece como las esperanzas y declina como la vida en

los hombres... Es la primera quimera que forjó el Hacedor antes de forjar el corazón del hombre! »

Le miré. Estaba transfigurado. En sus cuencas hundidas brillábanle los ojos como una lumbre extraña. Estaba muy pálido y sus labios trémulos permanecían entreabiertos en un anhelo infinito. Yo, en tanto, sin apartar de sus ojos los míos y estrujando unas flores silvestres que él me había cortado, repetía muy quedamente como una plegaria: — «Es la eucaristia de los tristes... de los que aman sin esperanza...!»

.....

— ¿Qué tienes, Lucy, estás contrariada?— me dijo Beba al subir al coche.—¿Has sufrido una desilusión? Yo en el lago no podía mirarte, porque el sombrero de Susana me lo impedía, pero no oí tu voz. ¡Pobre Lucy! Veo que Alberto no te resulta! Yo en cambio estoy encantada con Diego. Que alegre y simpático es! En fin, Lucy, tú debes decidirte por Guerrero; un candidato serio como ese no se debe despreciar. ¿No has notado como te miraba? estaría celoso? Lo que es Luisito Gimenez, ha estado

conmigo de amable!... Créeme que es un festejante que no me disgusta; es buen mozo y tiene mucho dinero. Susanita me dijo que mi sombrero me quedaba muy bien. ¿Viste el de ella? Era elegantísimo; no tenía otro adorno que un gran ramo de hortigas y briznas blancas. Mañana voy á preguntarle por teléfono á que casa lo encargó. ¡Pero tú no me atiendes! — exclamó de repente, interrumpiéndose.

Subíamos la barranca de la Recoleta... Yo debía estar muy pálida porque al pasar el carruaje debajo de un foco de luz, Beba me dijo asustada:—¿Pero Lucy, qué tienes? Estás demudada.—Y luego, tocándose las manos:—¡si las tienes heladas! Debió hacerme mal el paseo en el lago. Había mucha humedad, hacía mucho fresco.

—No, le respondí, no tengo nada. ¿Sabes lo que tengo? Estoy enamorada.

— De Alberto

— Sí, de Alberto. Hice mal... Tú lo sabes: *On ne badine pas...*

*Avec l'amour*—concluyó Beba, luego asombrada, repitió esas palabras para ella ininteligibles: *avec l'amour*

.....

Va amaneciendo. Tiembla en el oriente el rosado vapor del alba y las cosas aclaran sus contornos en la niebla azul. Empieza el día, la hora de los fuertes; por eso en el cielo la mística eucaristía de los tristes se desvanece. . . . »



Aquí concluía el manuscrito de Lucy. Cuando terminó su lectura, dos gruesas lágrimas se deslizaban angustiosas por sus mejillas pálidas. Se detuvo un instante para enjugarlas y luego, doblando la página, tomó una pluma y escribió con letra apocada y lánguida:

«*Lunes 30 de Marzo*—Hemos llegado esta mañana de Mar del Plata. Me he comprometido el sábado pasado. En casa, todos, y sobre todo mamá están muy contentos. . . . »

Un golpecito en la puerta la interrumpió.

— *Madamo, elle, peut on entrer?*

— *Entrez* — respondió.

Era la *femme de chambre* que traía un espléndido ramo de flores. — *C'est de votre fiancé,* — añadió la

criada, colocándolo sobre la mesa. Lucy, sin mirarlo, tomó el manojito de pétalos entumecidos, y extraños, y junto con el libro, los colocó de nuevo en el cajón de su riquísimo *secretaire* de palisandro. Al levantarse, leyó en una fina tarjeta de pergamino prendida en el lazo del ramo, el nombre de su novio: «Eduardo Guerrero».

---

**Un Romance de amor**



## UN ROMANCE DE AMOR

---

*A Mlle. Angélica Urdinarrain.*

¡Blanca se moría!... Cuando Lucy Ocampo y Beba Frers me lo dijeron con los ojos llorosos abrazándome, no podía creerlo. Era verdad que sus últimas cartas estaban llenas de presentimientos y de tristezas, pero yo confiada en su juventud, había esperado hallar detenidos los avances de aquel mal implacable.

¡Blanca se moría! Sin poder creerlo, desembarqué del Asturias haciéndome llevar á la casa, y solo allá' cuando su madre y sus hermanas me lo dijeron llorando, pude convencerme de que no había remedio. Llegamos á su cuarto: Un viejo padre dominico rezaba las oraciones de los agonizantes y en la pe-

numbra silenciosa, los santos murmullos, se oían consonantes con el vaivén de sus manos, unas manos penitentes y blancas, que al deslizarse sobre los piés desnudos de la enferma, iban dejando las uncciones extremas de los oleos santos.

Yo me había hincado á su lado y cuando la ceremonia terminaba, toda temblorosa alcé los ojos, haciendo ánimos para poder contemplarla. Hacía tres años que no la veía y al volver á verla, recostada en su lecho, envuelta en aquel amplio ropón, todo blanco que parecía prolongar su divina palidez de enferma, Blanca parecióme tan solo una sombra. Yo bajé los ojos, y plena de angustia entremezclé mis voces con la de un grupo que seguía rezando; de pronto el viento ladeó una celosía y por la ventana entreabierta un sol primaveral esclareció la estancia. Nadie se levantó para cerrarla, pero yo dos veces sentí impulsos de hacerlo, porque me parecía que aquella luz, era como la aureola de la muerte, á la que vagarosa y siniestra veía ya revolotear por la estancia.

La cruz de plata que sostenía una mano de Blanca se había caído y me incliné para alzarla. Al acer-

carne pareció tornar en conocimiento y ví un rápido destello de alegría cruzar sus ojos verdes orillados de lágrimas; luego, quiso incorporarse y cayó. La madre lanzó un grito terrible y yo huí despavorida... En el corredor me encontré frente á César, un hermano de Blanca, que al verme detuvo sorprendido su silencioso pasear. No cambiamos ni una sola palabra, pero sus ojos abiertos debieron leer el espanto en los míos, porque corrió todo trémulo á la alcoba de Blanca. Yo seguí tras él..... Cuando llegamos, la pobre Blanca era cadaver!....



Acababa de cumplir los quince años, cuando de regreso de mí primer viaje á Europa ingresé, en Abril de 1904, al Sagrado Corazón. Yo había cursado mis estudios en París, en una casa de la orden y al entrar en clase, tuve el placer inmenso de volver á ver á una santa religiosa, la madre Lanot, de quien había sido discípula en Francia. La buena Madre me recibió con los brazos abiertos y después de presentarme á sus alumnas, me hizo sentar en una banca que ocupaban tres chicas que desde aquel día

fueron mis amigas inseparables Ellas eran: Blanca del Solar, Lucy Ocampo y Beba Frers.

Bella, en su figura delicada, de flor y de ensueño, Blanca del Solar, era una criatura toda santa. Pálida, muy pálida, de cabellos entre castaños y rubios, sus ojos verdes, como dos esmeraldas, en las que, como en el fondo de un espejo se leía su alma, se dormían á veces en un una mirada que á mi se me hacía, medrosa y visionaria.... Y yo recuerdo que en esas veces la miraba con temor pareciéndome que no debía ser de este mundo, criatura tan bella. ¡Ah, quien me hubiera dicho que aquellos pensamientos, eran presagios que el destino me anunciaba con claridad dolorosa!

Beba en cambio, era lo que se llama una chica terrible. Bastante bonita, chacotona, caprichosa y alegre, constituía nuestra perenne diversión. Se peleaba con las vecinas, las pellizcaba, las pegaba y la pobre Madre Lanot que la adoraba no sabía que hacerla. Lucy Ocampo no le iba en zaga. Sin embargo, aunque igualmente indisciplinable, su conducta más, que el resultado de un capricho, era el de su tem-

peramento y sensibilidad. De imaginación refinada y ardiente, ora se concentraba en un aislamiento casi absoluto, ora marchaba á la cabeza de las más turbulentas. Era la más inteligente de la clase y en las composiciones de estilo, nadie la superaba; en cambio, miraba con horror á las matemáticas. Tenía una manía: escribir, y llevaba su diario que causaba nuestra admiración.

Blanca era la primera en historia santa é idiomas, yo en física y química y Beba por capricho también tenía su predilección: la lógica, cuyo texto, un horrible librito de Balmes, escolástico y confuso, me parece aún verlo. . .

Lo único que decididamente no entraba en nuestro grupo, eran aquellos horribles *exercices sur chancune des parties de la grammaire*, que constituían la diaria desesperación de Lucy y de Blanca y nos proporcionaban á Beba y á mi, ocasiones para pelearnos con nuestras odiosas vecinas, que conociendo nuestra dificultad se esforzaban en vencerlas para darse la satisfacción de siquiera en alguna materia, sobrepasarnos. ¡Eran de ver las miradas de triunfo que

nos arrojaban después de concluirlos sin faltas. Lucy, según su estado de ánimo, repasaba las lecciones para no verlas y la pobre Blanca habría su pupitre y arreglaba los libros. Beba y yo eramos, las que con la misma fiereza las devolvíamos y del tiroteo de miradas, á los estrujones y pellizcos, sólo había un paso, que Beba salvaba la primera, haciendo blanco de sus iras á una chica, Coca Larrazabal, la que cuando no podía devolverlos, chillaba. La Madre intervenía y como final las revoltosas nos quedábamos sin recreo. Al principio Beba impotente conteniéndose para no llorar, desgarraba su pañuelo con rabia; después, como Blanca y Lucy se escapaban del recreo y venían á hacernos compañía nos fuimos acostumbrando.

\* \* \*

Poco á poco, aquellas horas de agradable camaradería fueron tornándose para nosotras en las horas más bellas. Era porque no sólo las llenaba la crónica del colegio, menuda y jocunda, sino porque en ellas asistíamos al desbordar de nuestras almas, bellas almas de quince años extraviadas en lo ideal.

En ellas Lucy nos confiaba sus crisis románticas, sus crisis religiosas de un misticismo imaginativo y sentimental. La pobre Blanca también las tenía y al contárnoslas, su figura de ensueño, parecía tornarse en una de esas vírgenes que acuerdan las leyendas piadosas y anejas. Beba y yo para seguir la corriente, las simulábamos, porque no las teníamos y nuestro misticismo no pasaba de un reflejo de convención. La atmósfera del claustro nos envolvía sin ahogarnos y al traves de los cuadros de santidad que día á día, nos pintaba en el refectorio la obligada lectura del Año Cristiano, nuestras almas suspiraban por otro mundo que entreveíamos, lleno de paisajes encantados y lejanos.

Pero, una noche toda aquella onda de misticismo se desvaneció. La señora de Ocampo cediendo á las instancias de su hija, le prometió la última noche de la temporada llevarla á la Opera, y Lucy encantada nos invitó á las tres á su palco. Fué un 15 de Agosto, recuerdo, y daban *Manon* con Garbín y la *Storchio*. ¡Que noche incomparable para nosotros aquella!... Y no fué sólo el caballero Des

Grioux, quien abandonó al concluir el delicioso acto de San Sulpicio, la vida religiosa, también nosotras, todas trémulas de emoción, le acompañamos en pos de ese mundo desconocido, que se nos abría de poesía y de amor!

En el colegio luego ¡que cambio! Lucy desde la mañana siguiente llenaba su diario con historias ardientes y novelescas que Blanca leía con los ojos verdes empalidecidos y brillantes. Beba aliviaba con románticos suspiros sus vagas nostalgias, lamentando que fueran pasados los tiempos de los galanes decidores y amantes, y yo fingía otro tanto. . . . . fingía porque ya había encarnado al héroe de mis ensueños en un ser real. Este era César del Solar, el hermano de Blanca.

\* \* \*

Lo veía todas las tardes al salir. La santa madre portera entreteníale en piadosas pláticas, mientras Blanca detenida con nosotras demoraba en llegar. Mayor dos años que su hermana, tenía en su figura arrogante el mismo sello de gentilicia distinción. Su cabello era castaño, su corvar soberbio, su boca en-

---

treabierta con empaque desdeñoso y sensual y en el fondo de sus cuencas, sombreados por negras pestañas, los mismos ojos verdosos de Blanca brillaban, más oscurecidos y más grandes.

Una tarde casi llegué á conocerle. Bajábamos con Blanca la escalera, cuando un aguacero repentino se desplomó con violencia. El hacía un rato que esperaba en la portería y el agua debió tomarle de improviso, porque no traía como en las tardes de lluvia, paragua ni capote. Una idea me cruzó de repente y ofrecí á Blanca mi automovil. Cediendo á mis ruegos, ya había aceptado y yo me disponía á acompañarles, cuando todo fué verle de cerca y retroceder, presa de la inhibición más extraña y estúpida. ¡Ah cuantas veces esos mismos escrúpulos han amargado mis dichas, cercándome en sus valladares infranqueables! ¡Cuantas, han alejado para siempre, dulces quimeras tras de las cuales, extasiada volaba mi alma, como vuela la alondra tras el oro del soll...

Aquella tarde me quedé en la portería en espera de Beba, y cuando los dos hermanos se alejaron, cuando mis ojos más firmes que mi voluntad, le se-

guían mudos, al abrir la puerta le vieron volverse y descubrirse. Mis párpados se cerraron y me sentí estremecer. . . . . ¡Era el primer saludo que me hacía!

\* \* \*

Dos días más tarde, al terminar la clase de labor, vi á Beba penitencada, que me hacía señales para que demorase. Quedeme en su espera al salir y ella vino á mi, los ojos conquistadores y brillantes.

—Sabes, quería decírtelo cuando no nos viera Lucy. He visto en su diario escrito el nombre de César.... Yo, aunque sorprendida la interrumpí — Y á mí qué me importa?

—No seas tonta murmuró; tú crees que aunque me quedo en penitencia, casi todas las tardes, no sé que te saluda y te festeja.

—Quién te lo ha dicho? pregunté.

—Mi hermano Charles, su íntimo.

Una madre venía por el corredor. Beba se retiró y yo al bajar la escalera me desahugué suspirando— ¡Lo del diario de Lucy, me había dejado angustiada!



A partir de nuestra crisis de lirismo, la lectura de las ingenuas vidas de los santos se vieron suplantadas por novelas, hurtadas de las bibliotecas, á escondidas y al azar. Un día cayó en nuestras manos, una obra que produjo en nosotras, una inmensa impresión: «Las primeras meditaciones de Lamartine». Recitábamos sus poesías casi de memoria y nuestros ojos llenábanse de lágrimas oyendo *Le desespoir*, *L'isolement* ó *Le Lac*. Una tarde de ejercicios, que bajábamos de la capilla con Lucy y con Blanca, nos encontramos con Beba que subía llevando el libro precioso, forrado con la tapa del misal. Encantadas decidimos quedarnos sentadas en un descanso, y en vez del sermón, oír la música arrobadora de Lamartine. Blanca comenzó. Era aquella una tarde anubarrada y la voz de Blanca, en aquella escalinata, bajo la atmósfera sofocante, tenía un profundo encanto sentimental. Yo oía aquel ritmo voluptuoso, los ojos entreceñados con fatiga romántica, pensando en César y figurábame ser otra Elvira moribunda.

De pronto alcé lo párpados y la interrumpí con

vehemencia. ¡Había tanta distancia entre su mirar candoroso y los ojos soñados de César.....!

—¡Lee con más vida!—la dije—esa estrofa deberas decirla como una súplica dolorosa, lenta.....

Beba picaresca, me miró en los ojos y exclamó:— Léela como se la leería tu hermano.

—¡Te gusta! murmuró Blanca ingenuamente iluminándose.

Yo enfurecida respondí—¡No seas imbécil! ¿Por quién me has tomado? Eso podrías decirselo á Lucy que no muestra su diario, desde que ha escrito su nombre!

Lucy levantóse indignada.

—Eso es una infamia!

Beba palmoteaba de contenta y el pobre libro desprendiéndose de las manos temblorosas de Blanca cayó rodando en momentos en que la Madre Lanot aparecía en la escalera. Quedamos petrificadas. La madre inclinándose recogió el libro y al leer su título, los ojos llenos de asombro, nos miró.

Beba fué la única que se atrevió á romper aquel silencio.— Son poesías religiosas, madre, pero no son

nuestras. Las ha traído Blanca equivocada, tomando el libro por el Manual.

—Es cierto, añadió Lucy, y estaba Blanca leyéndolas, cuando Angélica Urioste la interrumpió, para decirle que leía mal y que era una imbécil, Lucy estaba vengada. Yo la miré con rabia y pellizqué á Beba que detrás de la Madre me guiñaba los ojos.

—¡Pero eso es posible!—esclamó la Madre Lanot juntando ambas manos.—En qué ha pensado. Angélica, al tratar en esa forma á su compañera y amiga... Suba enseguida á la capilla, y Vds. añadió dirigiéndose á las demás, se quedarán sin recreo por faltar á la clase.

—¡Perdónela á Angélica, Madre! murmuró Blanca, yo no he oído tal cosa.

—Sí la has oído, le contesté subiendo la escalera, y desde arriba al volverme, sin hacer caso de sus ojos llorosos, volví á repetirla entredientes:—Eres una imbécil!

\* \* \*

Tres semanas más tarde, concluíamos nuestros exámenes y quince días después. el 25 de Diciembre

me embarcaba para un largo viaje de tres años por Europa, ¡Qué mañana fué aquella! Más de veinte chicas fueron al Cap Blanco y como el vapor demorase su salida, se quedaron á almorzar. Entre tantas la algarabía era general; sólo Blanca, sentada á mi lado suspiraba de cuando en cuando y parecía algo triste... Cuando bajaron, yo la vi quedarse la última y al llegar su turno me abrazó llorando. Yo la besé en los ojos y sus ojos tan bellos parecieron cobrar ánimos y murmuró:—¡Angélica, quiero que me perdones aquello del colegio! ¿te acuerdas?

Confieso que con los exámenes y los preparativos del viaje, todo, hasta el mismo César, lo había olvidado.

Ella como un tenue suspiro, añadió:—Te lo dije sin pensarlo... ¡Era algo que me hacía tan feliz!... La miré: sus ojos llorosos expresaban en tal forma su anhelo no cumplido y triste, que yo me sentí desfallecer romántica, presintiendo un renacer de mi pasión bajo aquella mirada. La campana volvió á sonar y nos abrazamos llorando.

¡Quién hubiera dicho que aquel abrazo de Blanca era el último!...



Yo asistía en mi memoria, al enhebrar de estos recuerdos, mientras aquella noche, velábamos sus amigas, su primer sueño mortuorio. La capilla ardiente se había instalado en el gran salón y el cadáver yacía en rico ataúd de roble, amortajado en un hábito religioso y blanco, bajo cuya fimbria arrollada, los pies diminutos aparecían descalzos. Se la diría en un éxtasis... Sus facciones serenadas parecían aromar con perfume impalpable y fantástico, y sobre las rosas de sus senos, sobre el hábito blanco, á la luz de los cirios, argenteaba con extraños reflejos una cruz de plata.

El féretro yacía bajo un palio de encajes, en torno del cual sombras llorosas iban y venían: Eran sus hermanas, eran sus amigas que velaban....

Beba, Lucy y yo habíamos pasado toda la noche, cuando al amanecer Lucy sintiéndose enferma se retiró. Beba fué en su compañía y yo me llegué con ellas hasta la puerta. Cruzábamos el corredor, cuando volví á ver á César ojeroso y pálido. Estaba sólo, cerca del escritorio donde conversaban sus

hermanos y amigos. Recostado en la vidriera su silueta enlutada, delante de los cristales iluminados, destacábase trágica. Al volver, alzó sus ojos y me miró... No sé si fué aquella una ilusión, pero me pareció que al mirarme, se había estremecido, todo pálido...

\* \* \*

Cuando volví al salón, todas las personas se habían retirado á una sala vecina, donde un padre dominico á los pies de un altar improvisado, dirigía un rosario. Yo me hiqué sola. A poco percibí á mi espalda el rumor de unos pasos, y al volverme me encontré con él.... Era la primera vez que le veía en la sala. Llegóse hasta el féretro, tambaleante, los ojos como perdidos y levantando el velo que cubría la faz de la muerta, la besó en los labios y la besó en la frente, sollozando.

Luego, al ver que rezaban en la sala vecina se hincó; yo quedé á su lado. El murmullo de los rezos nos llegaba en rumor confuso y lejano, y yo entonces extraviada en subita tentación que me dominó sin resistencia, mientras desceñía de mi brazo una

decena de zafiros, le alcancé mi rosario y comencé... ¡Rezamos!... Su voz se oía en el salón como un eco velado y doloroso, y por veces, la pena entrecortaba con suspiros el murmurar de sus Aves. Yo en tanto, repasaba las cuentas sin pensar que rezaba, y cada vez que nuestras voces se unían, cada vez que sus acentos morían en el nacer de los míos, sentía un enlanguidecimiento vago, como si de un pomo de orientales esencias aspirase al aroma....



En la sala vecina el rosario había concluido y el padre dominico se revestía, preparándose para officiar la misa. Nosotros aún seguíamos rezando, y en el silencio nuestras voces se oían muy quedas.... Fué entonces cuando, cesado el piadoso murmullo, me pareció que una voz femenina se unía á la de César en su quedo rezar. Cuando concluimos, cuando César se levantó para volverme mi pequeño rosario, pude convencerme de que no me engañaba. Una joven rubia, oraba á su lado. Sin saber porqué, cerré los ojos angustiada...

\* \* \*

Eran las once y cinco cuando llegamos al Pilar. Beba había ido á buscarme, y antes de llegar á la iglesia bajamos en lo de Ocampo. Lucy aunque afiebrada nos esperaba en el hall.. El cortejo no había llegado aún, pero la iglesia estaba tan llena de concurrencia que decidimos entrar por la sacristía, para evitarnos el dificultoso pasar.

En el primer escaño nos hincamos juntas. Detrás nuestro, tocas negras y blancas se inclinaban en fervoroso rezar. Al volverme, cuando el féretro entraba, bajo una de esas tocas, ví á una cara que me miraba llorando. ¡Era la santa madre Lanot, que me miraba!

El ataúd avanzaba lentamente oculto bajo un manto de flores. Cuando llegó al altar mayor, los dedos se volvieron para ocupar los sitios del duelo y César sin verme vino á quedar á mi lado. Yo me estremecí sin quererlo, y debí estar muy pálida. porque Beba ofreciéndome un frasquito de sales, me miró asustada. ¡Si hubiera sabido que aquel estremecimiento era de amor y de miedo!

\* \* \*

Un lacayo nos esperaba en el atrio, con tres ramos blancos. Así los habíamos encargado porque deseábamos que fuesen de rosas é iguales nuestras postreras ofrendas. ¡La pobre muerta era otra rosa blanca!...

Cuando llegamos á la tumba finalizaban los respingos y ligado por cuerdas, los sepultureros descendían el ataúd de Blanca. Su padre y sus hermanos se volvían sollozantes y César al acercarnos alzó los ojos y los dejó caer en los míos con tal expresión de dolor, que sentí que de nuevo mis cuencas se llenaban de lágrimas!...

Cuando se retiraron, las tres bajamos á la cripta por una escalera trasera. Hincadas en las losas, junto al cuerpo oramos largo rato en aquel panteón extenso y oscuro. Ya habíamos dejado nuestros ramos y nos levantábamos cuando oímos rumor de pasos y alzar los ojos, en el hueco luminoso de la puerta que se abría, vimos á una joven rubia, la misma entrevista en el rosario del amanecer... En la escalera nos encontramos y ella, pegándose al muro, nos dejó pasar.

\* \* \*

Minutos más tarde llegábamos á lo de del Solar. Lucy y Beba habían querido que fuésemos á saludar á la señora juntas, y yo al asentir experimenté una ansiedad dolorosa... Volvería á verle? En el trayecto no cambiamos ni una soia palabra. Mis compañeras callaban desfallecidas y yo aunque rendida, seguía viendo al través de mis párpados cerrados, la imagen de aquella joven rubia cuyo segundo encuentro no me había apenado menos que el del amanecer. Dos veces estuve por preguntarle á Beba quien era. ¡Ah! ¿Porqué callé?

\* \* \*

Beba se había retirado con Lucy y la señora de Ocampo y yo detenida por algunas amigas, habíame quedado la última. Ya salía, trasponiendo el corredor cuando ví á César que al verme se acercaba á mi lado. Yo me detuve toda trémula: ¡Era la primera vez que íbamos á hablarnos!

Nuestra ofrenda del cementerio le había conmovido y había querido exteriorizarme sus gracias. ¡Así lo decían más que sus palabras entrecortadas, el mirar de

sus ojos, sus bellos ojos verdes orillados de lágrimas! Yo le oía sin desplegar los labios, como sumida en un encantamiento acariciante y vago, cuando de pronto se abrió la cancela y la súbita aparición de la joven rubia vino á desconcertarme aún más. Estremecida, bajé los ojos para no ver á César, pero me di cuenta que aquel encuentro igualmente debió turbarle, porque ví sus manos que temblaban... Pasó un momento, y oí á mi espalda la voz de Leonor, una hermana de Blanca' que me decía, dirigiéndose á la recién venida que permanecía á mi lado.

—¿No la conoces Angélica?... Voy á presentártela: La señorita de Urioste, la señorita de Williams, la novia de César,

Yo sentí que aquellas palabras me traspasaban como una herida honda, pero tuve entereza para lograr dominarme, Cambiamos un saludo y salí. Al cruzar el zaguán, me encontré en el suelo un manojo de margaritas desprendido sin duda de algún ramo. Llena de pena me incliné para alzarlo, y cuando subí al automóvil, sin poder contenerme, estallé sollozante. Mis lágrimas bañaron esas flores,

pobres flores marchitadas emblema de un ideal...  
¡Era á la Margarita de mis amores á la que  
lloraba....!

---

Janua Cœli



# JANUA CÆLI

---

*A Lucio Salas y Oroño.*

Era el último día del octavario del Corpus. La lluvia que caía con violencia desde el atardecer, había retraído á los fieles y en la aromada penumbra que llenaba las naves de la Catedral, se veían los escaños hilerados y desiertos. El aguacero arreciaba chocando en las apagadas vidrieras, y á su furor respondía el bramar del viento ululando al través de los árboles de la plaza y del agua. Anochecía. En el altar mayor y en las capillas que ostentaban los siales para la procesión, formando arabescos luminosos resplandecían á centenares los cirios, mientras en las restantes, parejas mortecinas hacían más lóbrega una oscuridad que parecía estar llena de misterio y de ánimas. Cuando dieron las cinco un sa-

cerdote dió comienzo al rosario, que solo respondieron desde el crucero, algunas voces linajudas y devotas: eran las voces de los hermanos del Santísimo, la vieja Archicofradía porteña, tres veces secular. Los hermanos ocupaban las poltronas del centro, las viejas poltronas coloniales de pata de cabra, talladas en jacarandá y tapizadas de encarnado damasco, y á uno y otro lado, arrodilladas en revestidos escaños, oraban las damas cofrades.

De tiempo en tiempo sobre aquel murmullo perfumado y devoto, se alzaba una voz familiar que al difundirse por el templo se la oía resonante y grave: era la voz de Monseñor, que desde su trono del presbiterio entonaba las adoraciones litúrgicas que contestaban desde el coro los canónigos arrellenados en sus sitaliales venerables. Cuando las oraciones terminaron, dió vuelta el templete giratorio del ara, y apareció en el tabernáculo la custodia santa. Monseñor se prosterna, la grey se inclina y dejan de oirse por un instante los bramidos del viento, ahogados en el sonar estrepitoso que los acólitos arrancan de las viejas campanillas de plata; cuando éstas

cesaron, volvió á oírsele, pero acompañado dentro, del balancear fatigoso de los incensarios y el ferviente musitar que temblaba en los labios de las ancianas matronas y de los sacerdotes.

En el silencio resonó agrandando el rumor de unos pasos. Dos devotas se volvieron y en la semioscuridad columbraron una figura viril y arrogante: era un joven alto, delgado, pálido, vestido de gris, con una corbata negra con lunares blancos. En su cara brillaban unos ojos raros, azulados y magníficos. El recién venido, caminando con lentitud, atravesó el crucero y fué á sentarse en una de las últimas poltronas desocupadas del centro. Otras devotas alzaron sus ojos y como las dos primeras, le miraron ensombrecidas y dudosas.

—¿Quién es?—preguntó Beba Frers á Lucy Ocampo, arrodillada á su lado.

—¿No le conoces?—Teodoro Peralta, que antes de ayer ha llegado de Europa.

—¡Ah, es cierto.—murmuró Beba, arrodillándose.  
—¡Pero mira qué ojos!

Lucy Ocampo volvió los suyos, y luego angustia-

da tornó á apartarlos, porque esos ojos le traían el recuerdo doloroso de otros ojos....

Las dos devotas se santiguaron, siguiendo al sacerdote que en el púlpito daba comienzo á una plática, y mientras el predicador pronunciaba quedadamente los iniciales versículos, ambas pensaron en la transparencia voluptuosa. con qué desde el fondo de sus cuencas miraban esos ojos bleu claros.

\* \* \*

Hacia dos días que Carlos Teodoro Peralta había llegado, después de una ausencia de tres años pasados en Europa. Había realizado este viaje en compañía de su vieja tía, doña Agueda de Aoiz y Peralta, con quien vivía desde la temprana muerte de sus padres, en su viejo y todavía suntuoso caserón colonial. Era doña Agueda prima de su padre y hermana mayor de su madre, y de ella había hecho las veces, sacrificando por su sobrino la tranquilidad de un retiro devoto. Pero sus cuidados asíduos tuvieron la más amplia compensación: Teodoro había crecido fuerte y robusto y á la vez que aplicado é inteligente, era piadoso, caritativo y bueno.

El único defecto que preocupaba á doña Agueda era su extremada retracción. Aunque emparentado con el viejo patriciado porteño y dueño de una exquisita cultura al par que de cuantiosa fortuna, rara vez frecuentaba la sociedad y cuando llegaba á hacerlo, era sólo cediendo á las instancias repetidas de doña Agueda.

Pero nadie, excepto ella, logró explicar el misterio de aquella retracción. Sus amigos, sus pocos amigos contaban que pasaba la mayor parte del tiempo en su biblioteca, muy rica en obras históricas y antiguas. Pero aunque verdad, no era una delectación lo que buscaba en aquellos pergaminos, sino una tregua á la extraña pasión que dominando su espíritu, le impulsaba á recogerse en el viejo salón familiar. Era esta sala, una gran pieza cuadrada con ventanas voladas que se abrían sobre el jardín. En ella tenía reunidos doña Agueda todos los objetos heredados y antiguos. Allí estaba el riquísimo juego de poltronas de amarillento damasco, cuya armazón de caoba maciza, bordaban primorosos embutidos de nácar. Del techo colgaba la solariega araña de cristales y aran-

delas de plata y en cada ángulo del salón se erguía un candelabro, de pie tallado en un jacarandá oscurecido y magnífico. De las paredes tapizadas pendían infinidad de retratos de antepasados ilustres y á un lado el pequeño clavicordio de palisandro, evocaba las veladas lejanas. . . Siete generaciones argentinas estaban representadas en aquellos retratos en que se fundían en un solo tronco los antecesores paternos y maternos de Teodoro Peralta. Este lo era un arrogante capitán Don Nicolas de la Quintana segundón de una de las más antiguas y nobles casas de España, que venido á fines del siglo XVII había sido al frente de su compañía de dragones el terror de los portugueses en sus correrías por el Río de la Plata. A su lado, en un marco idéntico, colgaba el retrato de su esposa, una hermosa castellana cuyos negrísimos cabellos recogía una escarcela de encaje. Entre estos dos retratos y los dos últimos de la colección—dos espléndidos Lefebvre que representaban los padres de Teodoro,—parejas intermediarias llenaban la escala. Pero uno había sin compañero, antiguo, pero admirablemente conservado, que se des-

tacaba entre ellos. Era un magnífico retrato de su quinta abuela, una Aoiz Riglos, que había tenido el bello nombre de María del Tránsito. La bellísima dama al parecer de veinte años, estaba representada de pié, ligeramente apoyada en el frontal de una puerta de arco. Con sus manos, dos manos deliciosas y blancas, recogía con gracia la plegada basquiña, bajo cuyos respinges aparecía el guarda infante alambrado y los piés diminutos que calzaban estivales blancos; oprimidas por el empuntado justillo se adivinaban sus formas y las rosas de sus senos que parecían aromantes. El óvalo y las facciones de aquella cara eran perfectos: aguileña la nariz, arqueadas y negras las cejas, el cabello castaño abierto en el centro, encubriendo apenas el nacer de su frente, una boca en su finura, con un dejo doloroso y sensual, las mejillas pálidas y su rostro, su cuello y sus hombros desnudos, de una blancura ideal, eucarística. Pero lo extraordinario de aquella cara eran los ojos, unos ojos dolorosos y grandes, los mismos verde azulados de Teodoro, pero más abiertos, alucinantes y magníficos. Y Teodoro adoraba esos ojos a tristeci-

dos, adoraba esa boca, dolorosa y entreabierta, adoraba esos senos velados, adoraba la imagen toda de aquella abuela muerta, con una adoración tan intensa como extraña.....

María del Tránsito tenía una historia trágica. Había sido muerta por su esposo en un acceso de celos brutal, cuando sólo contaba veinte años. La tragedia ocurrió á mediados del siglo XVIII. Una noche el caballero, al regresar á su casa de la campaña, vió que trasponía la tapia del cerco un hombre embozado, cuya silueta á la luz de la luna le fué fácil y doloroso reconocer: era su primo Diego de Warnes, el apuesto capitán español, cuyas aventuras galantes constituían el comento del salón colonial. Ciego de ira corrió tras él y después de ultimarle, trepó á su alcoba y el mismo acero partió el corazón de María del Tránsito.

Muerta ya, un leve rumor le hizo volver sobresaltado y mientras su mano trémula retiraba el arma homicida, por la ventana entreabierta alcanzó á ver á una sombra que huía por el corredor, furtiva y blanca. Al cruzar la huerta la reconoció: era una

doncella de su esposa, la barragana del capitán que huía amedrantada. El caballero al comprenderlo, enloquecido de dolor sólo atinó á cerrar los bellos ojos de la muerta y luego huyó detrás de la doncella, huyó perdido por las callejuelas desiertas, huyó en medio del silencio que á veces entrecortaba el aullar de los canes, y el amanecer le sorprendió huyendo por los campos, hasta que al día siguiente, la gente de un navío le recogió desmayado en la costa y le embarcó, para España. Aun no se habían extinguido los ecos de la tragedia en el comento del salón colonial, cuando el nombre del caballero se volvió á oír. Le registraban con honor las crónicas guerreras de los últimos años del reinado de Felipe V, pero el caballero que recogía laureles cuando buscaba la muerte decidió retirarse á esperarla en un convento, llevando una dura vida de sacrificios y de expiación. En esa larga espera dolorosa y triste el retrato admirable de su esposa debió constituir su dolor mayor: sus mismas manos habilísimas le ejecutaron.... Cuando expiró, casi octogenario, cumpliendo su voluntad, el precioso cuadro fué enviado á América, al único hijo de María Tránsito.

\* \* \*

Esta historia trágica Teodoro llegó á conocerla de boca de doña Agueda. cuando cumplió los veinte años. La vieja señora, fiel á la añeja tradición, que guardaba para la niñez prudentiales recatos, esperó fuera grande, para contársela, y lo hizo una tarde que estaban sentados en el viejo salón familiar. Esta relación produjo en Teodoro una impresión inmensa : una piedad infinita se despertó en su corazón, y en su alma virgen de materiales afectos, surgió también el más extraño amor. Su sensibilidad exquisita era por cierto un instrumento precioso, donde podía recorrer todas las gamas, la enfermedad del amar. Y así fué en efecto; Teodoro amó locamente á esa abuela muerta, con las ansias, las vehemencias y las angustias divinas de un primer amor. La vida de Teodoro fué desde entonces una continuada inquietud. Temía hasta el espanto, que la suspicacia de doña Agueda llegara á sospechar. Y en un refinamiento sutil de enamorado enfermo añadía otra tortura á este temor : Llegó á aterrarle lo incestuoso de su amor !

En medio de esas torturas, la atracción de esos ojos dolorosos tornándose obsesante eran á veces tan fuerte, que entrada la noche, cuando se habían apagado las bujías que alumbraban la alcoba de doña Agueda, bajaba de su cuarto y cruzando á tientas el oscuro corredor, abría la puerta y sudoroso penetraba en la estancia. Pero en esas noches de voluptuosa adoración, él no sabía que otro fantasma velando en el viejo caserón, atisbaba el regreso de la sombra amorosa. Era una sombra pálida que á los piés de otra imagen, pasaba cuentas de rosario, con rezar muy leve. . . .

Y aquellas escenas se repitieron hasta que una mañana el viejo médico de la casa indicó á Teodoro que la antigua dolencia de doña Agueda, requería otro clima; partieron á los pocos días para Europa, y la proyectada ausencia de seis meses, con diversos pretextos, fué alargada á tres años. El remedio, buscado para Teodoro no pudo ser más eficaz; sin embargo, al regresar, una ligera nube de tristeza velaba la alegría de doña Agueda: Teodoro había frustrado las esperanzas que la vieja linajuda acari-

ciara al partir: las de su enlace con alguna de esas lejanas parientas aristocráticas de España, con cuyas abuelas, siguiendo añeja tradición, se escribía en las ocasiones solemnes, de tarde en tarde.

\* \* \*

Obscurecía en medio de un aguacero torrencial. La lluvia y el viento habían interrumpido la procesión de bienvenidas interminable y doña Agueda y Teodoro, sentados al calor de la lumbre, en el viejo salón familiar, recordaban los años pasados en Europa. Hacía dos días que habían llegado y ya, á medida que despertaban las cercanas memorias, ambos sentían cernirse sobre ellos una vaga tristeza indecisa y nostálgica.

Doña Agueda hablaba de su parentela lejana.

— Tú debiste casarte con María Victoria; hubieras unido dos ramas de nuestra familia, y tus descendientes al contemplar su retrato, se hubiesen enorgullecido como tú en María del Tránsito, de tener una abuela muy bella.

— Exageras, Agueda, murmuró Teodoro, María Victoria no sería tan bella. Y hubo un largo silencio

mientras la vieja linajuda volvía á sus ensueños, y Teodoro fijaba sus ojos amorosos como antes, en el retrato de la desgraciada rival de María Victoria.

Bajo la luz horizontal de aquella tarde, bajo la luz de aquel crepúsculo encapotado é invernal, las ojeras de María del Tránsito se le figuraron á Teodoro más pronunciadas y más grandes, y en fondo de esas cuencas, sus ojos sus dolorosos ojos, le parecieron amortecidos bajo una nube de tristezas y de sombras.

Teodoro todo trémulo se interrumpió.

—Agueda—dijo,—no sé si es el reflejo de esta luz ó el estrago del tiempo. He visto los ojos de María del Tránsito más oscurecidos y más tristes. ¿Los ves tú?

Ella alzó sus ojos de topacio y luego tornó á bajarlos suspirando.

—Hijo mio—murmuró—no los veo ya. Las lágrimas han roído estas pupilas y el mirar de mis ojos se ha acortado como mis años. No sé si será por efecto del tiempo ó de la luz, pero esos ojos pintados se oscurecerán, como se han oscurecido y han muerto tantos ojos que veían y eran bellos.

Teodoro recostado en el canapé, se incorporó para besarla. Ella proseguía :

—Esos ojos velados de María del Tránsito son el símbolo de este caserón. Hace ya tiempo que no resuenan en él correrías infantiles, ni alegres voce-ríos responden al canto de los pájaros en el desierto jardín... Hacen falta esas voces, hace falta esa luz. y tú la necesitas, no puedes ser una excepción cuando yo misma, en el agotamiento de mi vida, extraño en la tristeza de mi invierno, las flores y el calor.

—Si viejita querida—murmuró Teodoro, besándola de nuevo ;—las tendrás. He sido un ingrato. Debi hacerlo por tí ; pero las tendrás, las tendrás !

Un reloj dió las cinco. Doña Agueda, deshaciéndose de los brazos de Teodoro se levantó.

—¿ Adónde vas ?

A la Catedral. He recibido esta mañana la cédula de la Archicofradía, citándonos para la procesión con que finaliza esta tarde el octavario del Corpus.

—Pero con semejante tiempo no te dejaré ir, volverías enferma.

—Sabes, Teodoro, que no puede ser, — murmuró doña Agueda.--No debo faltar.

Una criada vino á avisar que el viejo landó esperaba en la puerta. Teodoro insistía.

—Vendrás enferma; aún no te has repuesto del cansancio del viaje. Quédate, yo iré en cambio.

Resignada doña Agueda, le vió alejarse suspirando y cuando el joven desde la puerta tornó hacia ella sus ojos, en el fondo de la ventana, volvió á ver su enlutada silueta señorial y pálida. En sus labios marchitos vagaban las Aves, mientras sus dedos descarnados y blancos, pasaban las cuentas del rosario, el inseparable rosario tradicional de cuentas de amatistas y trenzado de plata.



Al entrar Teodoro en la Catedral, después de santiguarse, caminó lentamente respirando con largura y delicia aquella fragancia de las naves, eclesiástica y antigua. Cuando llegó al crucero un sacerdote desde el púlpito comenzó una plática y él, rehusando el sitio avanzado que le ofreciera un amigo,

Luisito Escalante, fué á sentarse en el último sillón desocupado del centro.

El predicador hablaba y en sus palabras vagaban sombras de velada tristeza: « Ya no es esta ciudad, decía, la de otrora, tan ferviente y tan devota... » Pero Teodoro no le oía adormecido en un encantamiento acariciante y vago: Eran todos los recuerdos casi borrados de la niñez que acudían á su mente, á la vista de aquellas naves y de aquellos altares, y luego le distraía aquella concurrencia que iba recorriendo, aquellas siluetas venerables de matronas pálidas, sus hijas, y sus nietas, que mostraban la potencia de los viejos troncos con el vigor ardiente del nuevo retoñar. A estas últimas, era á quienes Teodoro fácilmente no podía reconocer. Las había dejado muy pequeñas. Pero de ello se encargaba Luisito Escalante, que aprovechando en la plática, la salutación del Angelus, había cambiado la poltrona, por otra á su lado.

—Mira á la que está á la derecha en el segundo banco. La reconoces? Es Beba Frers. Anoche decían en el Colón, que se ha comprometido con Luisito

Gimenez. No sé si será cierto, pero se festejan. Si vieras como estuvieron el Lunes en lo de Ocampo ! Has visto á Lucy ? Está al lado, preciosa, pero de un tiempo á esta parte la noto algo triste. Para mí, es el compromiso con Eduardo Guerrero que no la hace felìz.

—Luisito te van á oír... ! Siempre el mismo. Atiende á lo que dice el padre en el sermón.

—Lo de siempre, que no tenemos devoción... que tontera ! ¡ Ché, te ha mirado Angélica Urioste, tu amiga del Tigre. Está detrás de Beba, con un traje sastre y un sombrero gris. La ves ? ¿ No es verdad que está deliciosa ? ¡ que inteligente que es ? Fíjate en esa boca... Dime si no es una ricura... No te hace acordar á la Storchio en Buterfly ?

—Luisito, por favor. Estás dando espectáculo, me vas á obligar á cambiar de lugar.

Luisito calló un instante, no por efecto de aquella reprensión, sino porque su oído atento, había percibido el rumoroso tafetear de una falda. Al cabo de un rato, exclamó :

—¡ Mira á Coca Larrazabal, qué delicia !

Al oír aquel nombre Teodoro se conmovió y sus mejillas se cubrieron de repentino rubor. Cuando acertó á volverse vió á la preciosa niña en el respaldar de un escaño, genuflexa.

—Tú la conociste en Europa — murmuró Luisito. Ella me ha hablado de tí. Fué en Florencia, ¿no es verdad ?

\* \* \*

Así había sido en efecto. En Florencia, una de las primeras ciudades que Teodoro visitara al llegar, fué á donde había conocido aquella niña, que ya transformada en mujer, traía á su memoria uno de los más gratos recuerdos de su estadía en Europa. En sus cotidianas visitas al Palacio Pitti había llamado su atención una preciosa chicuela, que acompañada de una institutriz inglesa, era infaltable al musco. La vivacidad de sus ojos meridionales y negros, las ingeniosas observaciones recogidas al pasar, su ingenua desenvoltura, le habían despertado curiosidad, la que aumentó más, cuando una tarde al entregarle un cuadernito olvidado, le respondió en

español: Tantas gracias! Dominado todavía por aquella preocupación, al día siguiente la vispera de su partida de Florencia, fué á oír misa á Santa María del Fiore. ¡Cuál no sería su sorpresa al encontrarla en compañía de un anciano compatriota, el señor Larrazabal, que había sido en su juventud, el íntimo de su padre!

Al concluir la misa Teodoro se acercó á saludarle y el señor Larrazabal después de recibirle con los brazos abiertos, le presentó á su hija, la gentil Coca. Al salir, aprovechando la mañana, una de esas primaverales y hermosas mañanas florentinas, fueron á almorzar á Fiesole, haciendo el viaje en un cabriolé, que manejaba la Coca sentada á su lado. Pasaron la tarde juntos y á la noche, invitados por Teodoro, oyeron á la Duse que recitaba « Gioconda ». Pasaron una velada deliciosa y Teodoro encantado con la vivacidad de la chica, sólo sentía la pena de abandonarla, porque Doña Agueda le llamaba desde Roma, para asistir á una audiencia privada que el Santo Padre le había dignado conceder. El día de la partida lo pasaron juntos, y á la noche el señor Larrazabal y su

hija fueron á la estación á despedirle. Ellos partían también al día siguiente para Génova, donde debían embarcarse para Buenos Aires. El señor Larrazabal le abrazó y Coca le dió ambas manos suspirando.

Teodoro permaneció todavía más de tres años en Europa, sin que llegara en tanto tiempo á borrarse de su memoria, el recuerdo de aquella deliciosa chucuela que le despidiera suspirando.

Teodoro volvió á mirarla... Permanecía hincada. Vestía un traje tailleur oscuro, chaleco marrón y corbata de Irlanda blanca. El sombrero, el ala de un sombrero inmenso y negro, velando su frente, sólo dejaba ver la fina línea de su perfil aristocrático. Había adelgazado y su figurita era ideal, así genuflexa.

—Veo que te gusta—murmuró Luisito levantándose.

\* \* \*

El sermón había concluido. Monseñor se levantó de su trono y mientras le revestían familiares y acólitos, un sacerdote bajando del tabernáculo, colocó sobre el paño del ara, la custodia santa. A su vez los hermanos abandonando las poltronas subían al

presbiterio y se cubrían con las esclavinas moradas, tomando en sus manos las tradicionales farolas de plata, y el hermano mayor empuñando el guión iba á situarse en las gradas que se separan el presbiterio del crucero del templo, mientras á uno y otro lado los hermanos organizándose en procesión, escoltaban á Monseñor que llevaba bajo palio la custodia santa. Detrás seguiale el nuncio, el apuesto prelado de bellas manos lánguidas, que albeaban balanceando las cadenas de un rico incensario de plata. A su lado llevando una de las varas del palio, caminaba Teodoro.

La procesión avanzó lentamente entre el coro de canónigos, que entonando el «Veni Creator», se inclinaban prosternados. A su vez, Monseñor, lleno de fe ardiente, rezaba los laudes del santísimo con esa voz tan peculiar y campechana de misionero antiguo, laudes que Teodoro iba quedamente repitiendo: La procesión descendió las gradas avanzando entre damas prosternadas, y Teodoro conmovido vió matronas venerables que alzaban sus ojos, pobres ojos

gastados, que imploraban sin ver y sintiendo en los suyos agolparse las lágrimas, pensó en doña Agueda.

El palio pasó junto al escaño donde estaban arrodilladas Lucy Ocampo y Beba Frers. Esta bajó sus ojos mientras Lucy elevaba los suyos, atristecidos, pero llenos de fe. Detrás vió Teodoro á Angélica, su amiguita del Tigre, que con la vista inclinada y la boquita entreabierta en deliciosa coquetería, sonreía al Señor, y Teodoro conmovido volvió los ojos á la Santa Custodia y le pareció que la divina forma, contestaba con sonrisas de bendiciones y de luz.....

El palio avanzaba... En el último escaño, alcanza á ver á la Coca posternada y orante. A la luz amarillenta de las farolas que pasan, ve la palidez de su rostro y las sombras de las pestañas y bajo el velo plumbeo de sus párpados, reflejos de aquellos ojos arrebatadores y grandes.

Teodoro, preso de indefinible emoción, vá acercándose, repitiendo siempre las palabras de Monseñor, que al terminar las letanías del Santísimo, ha comenzado las de la Virgen. Sus labios se estremecen con

el eco, mientras el corazón le golpea cada vez más fuerte, y sigue avanzando, preso de la divina angustia que le produce el velo alucinante de aquellos párpados. Ya se acercan... Monseñor prosigue: « Domus Aurea... Foederis Arca... Janua Cœli » y pasan á su lado y Teodoro ve alzarse el velo de esos ojos y los ve detenerse ensombrecidos en el mirar de los de él. Sus labios repiten: « Juana Cœli », mientras sacude su cuerpo un estremecimiento más fuerte. De pronto, el estileto de un terror sacrilego le hiere, aterrándole! ¡Ha detenido en los suyos á esos ojos elevados al Señor! Y estremecido de miedo cierra los párpados, pero una visión inspirada le devuelve la calma: Al cerrarlos una doble teoría de manchas luminosas y verdes ha fulgurado en sus párpados. El no piensa que son las imágenes consecutivas, de los velones de los hermanos que le anteceden y pasan; vé solo en ella el símbolo de aquella luz de que le hablara doña Agueda, la luz que ha de dar vida al caserón colonial, que agoniza simbólico en los ojos velados de María del Tránsito.

Y mientras la pequeña procesión avanza al través

de las capillas desiertas, Teodoro alborozado con aquella visión, vá sin cesar repitiendo: «Janua Cœli »! «Janua Cœli »!.....

---

Otra Página de Lucy Ocampo



## OTRA PÁGINA DE LUCY OCAMPO

---

*A Mlle. Raquel Laspiur.*

Cuando Lucy Ocampo alzó sus ojos, tornó á ver las cabalgaduras que tras una nube de polvo, se perdían á lo lejos, bajo la sombra de las casuarinas entrelazadas que orillaban la senda.

Desde la cancela del parque, ella las había despedido volviendo al castillo al oirlas partir. Era aquella mañana de Enero límpida y á penas calurosa, y en el abandono de su matinée de encajes, nunca la dama estuvo más bella. Había adelgazado y su fina silueta, parecía deslizarse sobre el cespèd con andar incorporeo. Cuando llegó á la escalinata, se detuvo y alentó con fatiga. Se la diría en aquel momento una de las estatuas inmortales, tal majestad de dolor

había en aquellos ojos amortiguados, en aquellas mejillas exangües, en aquella boca sin gestos.

De pronto como si una súbita idea, hubiera iluminado su mente de tristezas evocadoras y consolantes, subió los peldaños de la escalera y tras una sucesión de pórticos desapareció. Pasaron algunos momentos, y la silueta de la dama volvió á verse, en el fondo del mirador cimero de aquel bello castillo de arquitectura normanda. Sus manos diafnas, recorrieron con fuerza las pesadas vidrieras de un arco, y su figura, su deliciosa toda blanca, pareció aureolarse en los reflejos de aquella solana, elevada y luminosa.

La negra cubierta de un libro, resaltaba en la albu-  
ra de sus manos, pero ella sin abrirlo, alzó sus ojos, sus bellos ojos, y miró hacia el camino, donde las cabalgaduras cada vez más pequeñas, se perdían á lo lejos. Luego, volviéndolos, sus miradas parecieron detenerse en la contemplación del hermoso paisaje que se extendía á su alrededor.

En torno del parque que rodeaba al castillo, el campo estival, fecundado é inmenso, extendíase en llano apenas ondulado y resaltando en su color aquí

oscurecido, alla declinante, montes umbríos y puestos blancos de cal, rompían la uniformidad de aquella pampa asoleada y verdeante.

Pero bien se adivinaba en los ojos de la dama, que la contemplación de aquel paisaje la incitaba á soñar, y sus pensamientos bajo aquel cielo sereno, debieron ser tristes, porque dos lágrimas rotas asomaron en el fondo. Suspirando buscó su pañuelo para enjugarlas, y luego sentándose en un banco de piedra abrió su libro, el fiel compañero de su vida y en una página toda en blanco escribió :

Cabaña «El Retiro», Enero 29 de 1909.

Ya no soy Lucy Ocampo !Soy la señora Lucía Ocampo de Guerrero...! Un día más, y dos meses habían corrido desde aquella noche, en que Monseñor bendecía nuestro enlace en la Merced, la ceremonia nupcial más brillante del año, al decir de las crónicas, pero que á mí se me aparece, como un sueño afiebrado del que solo guardara. imágenes trucas de cosas fantásticas, imprecisas y lejanas.

De aquel día, solo la visión angustiadora de un instante, deviene de continuo á mi memoria y con

tal extraña terquedad, que á veces la he visto tornarse alucinante, en mis noches sin sueño: Habíamos llegado á la Merced y el carruaje se había detenido en la puerta del templo, cuando por la portezuela que un lacayo se adelantó á abrir, papá descendió primero y yo luego tras él; habíamos subido los peldaños que separan la vereda del atrio, cuando al volverme mientras Madame Gardiol arreglaba mi cola, entre la enorme multitud de curiosos volví á ver aquellos ojos verdes, incomparablemente verdes, que como aquella tarde del Socorro, como aquella noche inolvidable del Lago, me miraban con el mismo estremecimiento angustioso de amor y de miedo!

Yo toda sorprendida me creí morir bajo aquella mirada, mientras una onda cálida como de sangre, subía á mi garganta, y en la fulmínea rapidez de aquel instante, llena de terror yo vi como, germinaba dentro de mi, un impetu de salvaje demencia, cuando las puertas del templo se abrieron y con el tornar de mi espíritu yo le sentí desvanecerse, mientras mis labios fervorosos murmuraban un ruego.... Habíamos tras-

puesto el rojo cobertizo del atrio y ya la orquesta había iniciado los compases de la marcha de Tannhäuser cuando no se, si debido á la emoción ó las luces que al través del velo parecían multiplicarse, me ví obligada á apoyarme en papá, presa de un vértigo. Cuando logré dominarme, seguí avanzando y cerré los párpados y guarnecí mis ojos, mis pobres ojos deslumbrados que miraban sin ver y solo, cuando subimos al presbiterio, cuando nos detuvimos junto á los reclinatorios tapizados de blanco, en la agonía de mi ruego, los alcé á la Virgen y la miré.... Pero volví á cerrarlos con la pena más indecible y más inmensa..! En vez de la mirada que yo esperaba confortante, ví unos ojos indefinidos, ví unos ojos muertos, como si toda su luz, la hubieran absorbido las piedras colgadas alrededor de su cuello, las piedras enormes de su magnífico collar de diamantes.... Y yo sentí como aquellos ojos indefinidos de María de la Merced, como esos ojos muertos, eran el símbolo de mi nueva existencia, sin luz, sin amor....!

\* \* \*

En la lejanía las cabalgaduras acaban de perderse.

Es Guerrero que acompaña al viejo médico de casa, que pretextando una visita á un establecimiento vecino, se ha llegado á verme. ¡Pobre amigo! me ha examinado como sin quererlo y le ha indicado á Guerrero que me encuentra algo débil y que debo tonificarme á orillas del mar.

Eduardo al oírle, quiso telegrafiar á Mar del Plata, para que nos reservaran uno de los chalecitos del Bristol, pero yo no he querido, porque me acabaría una vida activa de sociedad y me enfermaría la gente. Puede que nos vamos al Quequén; recuerdo haberle oído á Coca Larrazábal, que pasó allí un verano cuando estuvo de luto, que es un balneario donde la vida transcurre familiar y tranquila. Conversaré con mamá. ¡Pobre mamá! también á ella como á Eduardo le inquieta mi estado y viene todas las semanas desde la estancia. Á veces le acompañan papá y las chicas, y una vez me trajo á Beba Frers, y la última vino con Angélica Urioste.

Beba la misma de siempre, encantada con su compromiso con Luisito Giménez, en cambio Angélica que lejos estaba de pensar, antes de oír su confesión

---

tan dolorosa, que el mismo ritmo bajo el cual vibran mis fibras más hondas, era con el suyo, uno solo y acorde ....!

Desde su llegada de Europa, era verdad, la habíamos notado con Beba cambiada y muy triste, pero nosotras atribuíamos este cambio, á la impresión que debió producirle la muerte para ella inesperada de Blanca del Solar.

El día que Angélica vino con Mamá, se cumplían tres meses de la muerte de Blanca y durante toda la comida, su imagen cara, no se apartó por un momento de nuestra conversación, ni de nuestro recuerdo. Cuando concluimos de comer, Eduardo quedó de sobremesa con papá y mamá, y Angélica que durante toda la comida había estado suspirante y triste, tomándome del brazo, con extraña vehemencia, me llevó al jardín y allí me internó por una avenida, hasta el parque.

El viento de la tarde había calmado al anochecer, y con el tardío salir de la luna, aquella noche de Enero, habíase tornado serenada y espléndida. El astro vagabundo sobre un palio de nubes velaba

sobre el campo fragante y dormido, con esa lumbre misteriosa de las horas del alba. Y había algo de inexpresable y de místico en aquel sosiego, apenas turbado por el canto de los grillos y uno que otro balido apagado y lejano.

Yo caminaba del brazo de Angélica bajo una avenida de eucaliptos, guardando las dos ante aquella naturaleza, toda calma, un extraño silencio; sólo cuando cruzábamos algún claro, sólo cuando al traves de las copas un rayo furtivo de la luna iluminaba su rostro, yo me volvía para mirarla, pero sin atreverme á romper aquel silencio, que adivinaba en ella, lleno de melancolías inexpresables y de recuerdos dolorosos.

De pronto, la ví estremecerse y parpadear para romper las lágrimas que temblaban aprisionadas entre sus largas pestañas, y deteniéndome asustada, ante aquella alteración repentina é inexplicable, exclamé:

—Angélica, ¿porqué esas lágrimas?

—¡Oh! tú debes saberlo—murmuró enjugándolas—  
tú debes saberlo, y sentándose en un banco del ca-

mino, comenzó á contarme, poco á poco, lo que ella, llamaba con ironía doliente, su romance de amor.

Yo asistía toda trémula á aquel triste desahogo sentimental y doloroso, y cuando concluía, cuando con voz apagada y ya ronca, me contaba aquella presentación, aparentemente trivial de la novia de César, no pudo contenerse como aquella vez y estalló sollozante....

Yo la retuve largo tiempo en mis brazos, y cuando ya serenada, alzó su cabeza y levantó sus párpados, yo ví en el fondo de sus ojos, sus grandes ojos negros orillados de lágrimas, reflejarse la luna. Y aquella imágen bajo aquel cielo doloroso y viviente, fué para mí de una virtud tan evocante, que mientras mis cuencas se llenaban de lágrimas, mis labios como en aquella noche del Lago, repitieron queda, muy quedamente: “¡Es la eucaristía de los tristes, de los que aman sin esperanzal”....

\* \* \*

*Quequén, Febrero 12 de 1909.* — ¡He vuelto á verle Señor, he vuelto á verle! He sentido de nuevo detenerse angustiados bajo mis ojos, á esos ojos verdes,

incomparablemente verdes, y como en aquella tarde del Socorro, como en aquella hora inolvidable del Lago, como en aquella noche de nuestro casamiento en el atrio del templo, he sorprendido en esas pupilas, el mismo estremecimiento angustioso de amor y de miedo.....!

El tren había llegado con retraso, y eran pasadas las doce, cuando subimos al carruaje que desde temprano nos esperaba en la estación. Desde allí al hotel, había dos leguas, que salvó el coche trompicando, en las huellas desiguales de una senda arenosa. Mientras avanzábamos un vago olor marino nos advertía la presencia del mar costero y cercano, y mediado el camino, la brisa se hizo cada vez más húmeda y más fresca, hasta que en una vuelta, le vimos aparecer, como una cinta azul, tras una cadena de médanos lejanos y dorados. A lo lejos el edificio del hotel apareció como una mancha destellante y blanca, y á su derecha vimos al río Quequén, deslizarse sereno y místico, como esas corrientes que en las perspectivas de las telas antiguas, se dejan entrever. Y junto á su desembocadero, un muelle inconcluso avanzaba

su negro maderamen, como enorme restinga, contra la cual, el tumbar del mar se torna en las noches, gemidor y violento.

Cerca ya de la playa, cruzamos una hermosa capilla solitaria, la capilla de Nuestra Señora de las Mercedes, que la señora Aguirre de Guerrico había hecho construir. Al acercarnos, al ruido de los caballos y de las voces del guía que al fustigarlos les hablaba, una bandada de pájaros inmensos y negros, huyó asustada. Yo me estremecí sin quererlo y al santiguarme delante del templo, tuve miedo de aquel vuelo de pájaros, que presentí como un augurio supersticioso y siniestro.....

Llegados al hotel, el mayordomo, celeroso subió al estribo para abrirnos la puerta y cuando bajábamos y le seguíamos, atravesando un pasaje estrecho y oscuro, en dirección opuesta á la mía, toda sorprendida, ví aparecer á Alberto Lasala. Al verme yo le ví como se estremecía tembloroso y pálido, y sin atinar á saludarme le ví pegarse al muro para dejarme pasar..

Yo pasé á su lado y aunque bajé los párpados, mientras cruzamos aquel corredor, me pareció seguir

viendo la mirada de aquellos ojos sorprendidos y verdes...

\* \* \*

*Quequén, Febrero 25 de 1909.*— Han transcurrido dos semanas de nuestra estadía en el balneario, dos semanas para mí de una inquietud angustiosa y continua; temo tanto verle! Sin embargo apenas hemos cambiado los obligados saludos y estos últimos días han pasado sin verle. Yo doy gracias á Dios y casi me alegro, por Guerrero, para quien aquella aventura del Lago, no quedó ignorada. Poco antes de casarnos, Beba Frers, en casa, una noche bromeando se la contó. ¡Qué noche de sufrimiento para mí fué aquella....!

\* \* \*

*Quequén, Febrero 26 de 1909.* ¡Qué noche he pasado Señor! No he podido dormir, y en el desvelo cómo ha sido de angustioso y de triste, el despertar de los recuerdos y el tornar de los remordimientos, de aquellos remordimientos que ya empezaba á sentir cuando le decía á Beba que era el nuestro, un juego que podía ser cruel!

Anoche he sabido, que Alberto me ha amado con una pasión tan intensa y tan honda, como no lo hubiera podido imaginar nunca. Ha llegado á enfermarse y ha tenido que dejar el año pasado, sus estudios, y todo por mí, Señor todo por mí!—Hemos venido por él, me decía anoche la señora de Lasala, una señora de luto, que conserva en su rostro los rasgos de una juventud delicada y muy bella. Yo la conocía de nombre y en casa de Beba, había oído contar la historia de su matrimonio, una de esas historias comunes y dolorosas. Viuda desde hacía algunos años y perdida en vida del marido, casi su cuantiosa fortuna, vivía sólo con la esperanza de su Alberto, contraída al cuidado de sus hijitas, Maria Susana y Maria Fernanda, dos pequeñas preciosas.

—Hemos venido por él, me decía con una voz que tenía, de la de su hijo, la misma cadencia lánguida y triste, hemos venido por él me decía, cuando después de comer, aprovechando la noche calurosa y de luna, bajamos á la playa. Nos habíamos sentado y yo tenía en mis brazos á la más pequeña, la deliciosa Maria Fernanda, mientras la otra correteaba con las chi-

cuelas más grandes. Las demás señoras del hotel caminaban en grupos y nosotras como estábamos un poco retiradas, habían quedado solas y juntas. Estuve con la señora más de dos horas y por ella supe que Alberto había estado enfermo desde una fecha que yo pude fijar en aquella del Lago, y que había tenido que dejar los exámenes y pasar el invierno en Córdoba, de donde habían regresado hacia algunos meses, porque lejos de amenguar, pareció acrecentarse, en aquella soledad, el mal que le consumía, misterioso y extraño.

Desde el comienzo del verano, estaban en Quequén, donde el aire del mar le había mejorado. Sin embargo, la señora me decía: — No sé si será el exceso de estudio, pero hace unas noches que le siento, aunque él me lo niega, que se desvela y no duerme. Hace unos días que sale á caballo al amanecer y no vuelve hasta muy entrada la noche. Vá á una estancia vecina á estudiar con un amigo, pues quiere dar examen en Marzo. Y la señora calló suspirando y las dos guardamos silencio, bajo una onda de presentimientos dolorosos é indistintos. Maria Fernanda

que dormitaba en mis brazos se había despejado.

—Tú le conocías á Alberto ¿no es verdad? murmuró incorporándose.

—Sí. Le he conocido, contesté, hace algún tiempo.

La pequeña parlera y despierta, añadió:

—Cuando tú llegaste yo estaba en el comedor y fui á contarle á María Susana, que había venido un señor con una niña muy linda. Fué entonces cuando á Alberto que entraba, le oí tu nombre.

—¿Y dónde le has conocido?

—No cansas, María Fernanda, exclamó la señora mirándome con una sonrisa casi doliente. Yo me sentí palidecer bajo aquella mirada y con una voz que no parecía la mía, murmuré:

—En una fiesta en Palermo.

La pequeña calló y nosotras guardamos silencio. Privada de pensamiento, yo no sabía que trivialidad decir para entablar de nuevo la conversación y romper aquel silencio, que á cada momento se me tornaba más afligente. Por suerte, Eduardo separándose de un grupo de señores, vino á buscarme y yo le dí mi brazo, y mientras subíamos en dirección al

hotel, por el pequeño camino de madera encatrada, yo advertí con terror que mis cuencas se habían llenado de lágrimas...!

\* \* \*

*Quequén, Febrero 27 de 1909.* — ¡Qué horror Señor, qué horror....!

No hubiera creído que al venir á este lugar retraído y tranquilo, el destino me deparase en asoladora confusión, mis horas más intensas y mis dolores más trágicos... Uno á uno los he visto nacer, agigantarse y retorcerse en mis fibras más hondas, y aún no sé como la demencia de mi razón, no ha respondido al desvarío de mi dolor.

¡Pobre libro mío! Fiel compañero de mi triste vida, hoy muchas lágrimas ván á caer sobre tus hojas y quizá más elocuentes que mis palabras, ellas dirán más, en el relato de estas páginas, las más tristes, las más dolorosas, las más hondas....

\* \* \*

Fué la de ayer una tarde de bochorno canicular. Bajo el asoleo, la inmensa playa venteada y abierta, parecía un cobre enorme, abrasador quemante, y el

---

mismo mar amodorrado, tenía la calma de un lago inmenso, encantado y verdoso, y á lo lejos en medio de las dunas, los muros enjalbajados de la capilla de Nuestra Señora de la Merced, herían la vista con sus reflejos tan blancos.

En mi cuarto la atmósfera afixiaba. El techo de zinc caldeado como una fragua, despedía bocanadas ardientes, que apenas reparaba la débil techumbre de los ladrillos hilerados, y yo desesperada, descorrí un ventano que se abría sobre una galería guarnecida por un cobertizo de esparto, y me senté en una hamaca donde pasé sin moverme, las tres horas de aquella siesta bochornosa y mortal.

Ya eran pasadas las cuatro, cuando al crujir de la arena y al gemido de un avantren crepitante, me desperté, al tiempo que una ráfaga de aire levantaba la cortina, dejándome ver la volanta del hotel, que se detenía en la puerta. Entonces yo recordé que habíamos pedido el coche para una excursión al pueblo vecino de Necochea, y como Eduardo ya estaba en pie, descorrí la cortina y comencé á vestirme. Al asomarme á la ventana, ví que se había nublado y

presajios de tormenta parecían esconderse bajo aquellas nubes requebrajadas y volantes.

Cuando concluí de vestirme, Eduardo vino á buscarme.

—¿Lloverá? preguntamos al cochero que al vernos llegar por el corredor había saltado al pescante.

—No señora, no tendremos agua, contestó mirando hacia el mar, hasta entrada la noche; es un nublado de calor. Ya salíamos, cuando ví en una ventana á María Fernanda. — Quieres venir, la dije, leyendo en sus ojos ingénuos, el infantil deseo de acompañarnos. Iremos á Necochea á visitar la iglesia y cruzaremos el río Quequén en la balsa. Pídele permiso á tu mamá y llámala también á María Susana.

—Está con un poco de dolor de cabeza, exclamó la señora, asomándose. Le daré permiso á María Fernanda. Subió la pequeña y despues de cruzar la extensa llanura arenosa, llegamos al río Quequén, que parecía adormido en un valle formado por dos cuestras, cubiertas de sauces y mimbrales, ennudecidos y silvestres. Pasado el río, el paisaje cambia: es la pampa inmensa que comienza y se interna en horizontes sin

fin. Grupos de álamos y eucaliptos motean el paisaje, y se responden á la distancia, con otras manchas más oscuras y lejanas, mientras al N. O. el caserío del pueblo, se levanta sobre el mar frontero, entrecortando su línea, que bajo aquel cielo encapotado seme- jaba, un orillo de un azul esmaltado y oscuro.

Llegados al pueblo, bajamos en la iglesia, una pequeña iglesia gótica y bella, con un atrio enlozado con grandes piedras blancas. El párroco nos espera- ba en la puerta. Había sido antiguo capellán del cole- gio, y al saber nuestra llegada al hotel, había ido á verme. En su compañía recorrimos la iglesia, que en su línea gótica tenía un algo impresionante de dulce paz campesina é ingénuo, y mientras la visitábamos, mientras nos deteníamos ante aquellos retablos y ante aquellas imágenes, de un vestir chillón y piadoso, conversába con el buen sacerdote, de mis compañe- ras de colegio, sus hijas de confesión... Hablamos de la pobre Blanca, de Beba Frers, de Angélica Urioste... Cuando visitamos el coro, Eduardo le hizo la merced de un órgano, y yo añadí á su ofrenda, el voto de un retablo, para una Madona, que desde

una humilde cartela del muro nos miraba dolorosa.

De pronto unos fuertes golpes interrumpieron nuestra conversación, mientras oíamos las voces del cochero que llamaba.

—¡Señores, se viene de repente la tormenta y tendremos agua pronto, pronto!

\* \* \*

Cuando salimos al atrio, el cielo estaba de tal manera encapotado y cubierto, que solo una que otra estria luminosa, anunciaba el poniente. La ventolina de la tarde había cesado, y sobre la tierra todavía caliente, se cernía un vaho de tormenta pesante y encalmado; sólo de tiempo en tiempo una ráfaga soplabla con aromas marinos.

Durante el trayecto, María Fernanda y yo, callábamos asustadas, y solo Eduardo interrumpía de vez en cuando, nuestro silencio, apurando al cochero.

---Haremos el camino en media hora, murmuraba el muchacho, fustigando á las bestias, que galopaban con las orejas altas y asustadas. En un momento, llegamos al Quequén y apenas atravesamos la

balsa, para salvar la cuesta escarpada y difícil, paróse el muchacho en el pescante, y volvió á fustigarlas.

La tormenta arreciaba y al fragor de los truenos, uníase el áspero voceo del mar mugiente y cercano. Relampagueaba. De pronto resbalóse un caballo al doblar un recodo, y en el parar tan brusco, cayó el cochero y su cabeza fué á estrellarse contra unas piedras. Yo di un grito terrible, estrechando en mis brazos á María Fernanda que lloraba asustada, mientras Eduardo, saltando con rapidez al pescante, tomaba las riendas y castigaba á las bestias para impedir que el carruaje también resbalara. Cuando logró detenerlo bajamos: El pobre muchacho yacía sin sentido. María Fernanda escapó dando voces para llamar al cuidador de la balsa, mientras nosotros atendíamos al herido.

—Llévesle en el coche al hospital vecinal, dijo el viejo acercándose. Está cerca de aquí, añadió, señalando un edificio, que rodeado de álamos, se levantaba como á unas diez cuabras al otro lado del río.

—La señora y la niña esperarán en mi casa, añá-

dió su mujer, y allí podrán resguardarse por si cae la tormenta. Aceptamos y mientras bajábamos contando á la mujer los pormenores de la caída, Eduardo manejando, volvió á descender en el coche, mientras el viejo sostenía al herido.

De pronto advertí con terror en la frente de María Fernanda, un fino hilo de sangre. La miré: era una herida que un vidrio del farol del coche, le había causado al romperse y caer. Cuando llegamos á la casa, ayudada por la buena mujer, con un pañuelo le vendamos la frente.

\* \* \*

Hacia un rato que esperábamos y yo estaba impaciente porque el cielo se ponía cada vez más oscuro y la mujer del balsero que desde una ventana observaba el camino, no veía aún al coche.

Viendo mi aflicción la buena mujer, se apresuró á ofrecerme su pequeño carrito todavía ensillado, y que tenía por resguardo una tolda de hule.

No tenga cuidado por la cabalgadura, decíame la anciana, es una yegua trotadora y mansa, y acostumbrada al camino del hotel, puede soltarle las rien-

das y solo debe tomárselas, al doblar el recodo, para que no se baje por el camino que conduce hasta el muelle y el mar.

Yo acostumbrada á manejar en la estancia, me inclinaba á aceptarlo, solo temiendo realizar aquel viaje por María Fernanda. La anciana añadía:—En cuarto de hora pueden llegar al hotel, y si se resuelve á irse pronto, quizá evitará la tormenta. Entonces decidime á partir y subí al volquete, que, tenía una cubierta de hule gastado y verdusco. María Fernanda sentóse á mi lado, y la aldeana caminando nos acompañó hasta que salvamos la cuesta.

—De aquí unos momentos estarán en el hotel, añadió, despidiéndose. Si el señor llega presto, le diré que se apure para alcanzarlas.



Al subir la cuesta y trasponer el valle, el viento soplaba con tal fuerza, que aventaba en remolinos la arena de las dunas negruscas.

La yegua avanzaba con fatiga contra aquel aire enarenado y mientras sus cascos se hundían en la

sábana todavía caliente, casi rasando la tierra, pasaban bandadas de gaviotas en revuelos inciertos. La tarde se había puesto tan oscura que parecía el acabar del anochecer, y á los lejos casi invisible el blanco edificio del hotel, solo se le distinguía por una sucesión de puntos luminosos; tal parecían las ventanas del corredor y de los dormitorios que empezaban á iluminarse por la luz de dentro.

De pronto una ráfaga huracanada, rompió los adrales que sostenían los arcos del toldo, y nuestras cabezas quedaron envueltas en la caída del hule y cuando mis manos lograron apartarlo, vi llena de terror que la yegua asustada doblaba en el recordo, camino á la playa. Asida entonces de la riendas, para detenerla, tiré con violencia y ellas quedaron en mis manos, rota la débil fuerza de su urdimbre.

Llena de terror, viéndome en la pendiente, solo pensé en María Fernanda que lloraba asustada, y la tenía en mis brazos para arrojarla sobre un monte de arena, cuando sentí que á mi espalda galopaba un jinete. En un instante, le ví delante de mí tomar la yegua desbocada del cabresto, y arrancarle con ma-

no vigorosa sus pesados arreos. Cuando logró detenerla, saltando del caballo tomó en sus brazos á María Fernanda y luego me alargó su manos para ayudarme á bajar. Yo me apoyé en ellas, y al unir las á las mias yo sentí como aquellas manos tan firmes ante el peligro á mi contacto se tornaban temblorosas y heladas.

Ya en la arena, como al agua empezaba á caer con violencia, desprendiendo la escalavina de su impermeable, envolvió con ella á María Fernanda y luego sentí que lo colocaba como una capa sobre mis hombros. Ya me volvía para darle las gracias, cuando llena de terror ví á las dos cabalgaduras, que al verse libres huían asustadas. En tanto como la lluvia arreciaba, Alberto tomó en sus brazos á María Fernanda, y acercándose á mí le oí que me decía con una voz sibilante: Señora, podrían llegar hasta la playa y guarecerse bajo los maderos del muelle; yo me llegaré en un momento al hotel, y traeré un carruaje para buscarlas. Yo asentí en silencio y le seguí en el camino, estremeciéndome cada vez que una de las gotas inmensas, venia á estrellarse sobre mi frente,

porqué aquel golpear, yo le sentía responderse, con el de mi corazón, que á medida que nos acercábamos al negro maderamen del muelle, se hacía cada vez más violento y cada vez más fuerte, y yo presentía que había algo de misterioso y de trágico en aquella consonancia de la naturaleza y del corazón...'

\* \* \*

Cuando llegamos á la playa, la lluvia arreciaba y bajo el cielo imponente y cubierto, su ulular eran tan fuerte, que los bramidos del mar casi no se oían apagados en sus ecos. Era casi de noche y los relámpagos sucediéndose con pequeños intervalos, aclaraban con sus reflejos lívidos la oscuridad aterrante. Gracias á su lumbre, pudimos guarecernos bajos unos maderos de los que formaban el comienzo del muelle y allí me senté sobre unas piedras, mientras Alberto á mi frente y de pié, tenía en los brazos á María Fernanda.

Así permanecimos sin hablarnos en medio de aquel diluvio, no sé cuanto tiempo, hasta que María Fernanda, me llamó, porque se le había desatado el pa-

ñuelo, y la herida sangraba y le ardía. Entonces Alberto acercándose, hincose á mi lado y yo me incliné para vendarla, pero al sentirle á mi lado me turbé de tal manera, que mis manos torpes no acertaron á separar las guedejas de la pequeña, que callaba asustada. El, como advinando mi turbación, vino en mi auxilio cuando una de las mias rozó con la suyas y yo sentí como á mi contacto, una crispación febril, agitaba sus dedos helados. De pronto un relámpago nos iluminó y sorprendió á mis ojos que sin saberlo, en la oscuridad, miraban á sus ojos... Ahogando un grito de terror, baje mis parpados, porque ví en sus pupilas una lumbre extraña y aún me estremecía, cuando sus dedos helados apretaron mis manos, mientras sobre mi boca, sentia el besar de sus labios que temblaban y ardían. Yo me arrojé hacia atrás, mientras oia su voz ronca que demandaba perdón, y cuando el resplandor de un relámpago tornó á iluminarnos, yo le ví salvar de un salto, los grandes maderos, y llevando en brazos á María Fernanda, huir rostro al hotel, bajo el aguacero de nuevo arreciante.

Yo loca de terror seguí tras él, y había dado unos pasos, cuando me sentí caer desvanecida.....

\* \* \*

Era media mañana cuando desperté. Una fina hebra de oro que caía desde el montante, vino á herir mis ojos, y al abrirlos, era tal mi debilidad que me costó convencerme, de que aquel despertar no era tan solo el trasponer de un ensueño.

Guerrero estaba sentado á mis piés, y al través de mis párpados entrecerrados, yo veía sus ojos, sus bellos ojos negros, que habiendo velado toda la noche, parecían amortiguados bajo un cerco pronunciado y mortal.

Yo llena de pena volví á detenderlos, temerosa de hablarle y al par que sentía como despertaban los anteriores recuerdos, una piedad infinita germinaba en mi corazón, para aquel ser que como yo, se consumía en una pasión inútil, dolorosa é inmensa.

Sin abrir mis ojos le tendí mis manos que el asíó bésandolas. Entonces le dije:

—¿Eduardo, porqué no has dormido? El murmuró con amorosa tristeza.

—Vida mía: velaba tu sueño.

Abrí los ojos y le miré. En su cara desemeblantada, había tal expresión de sufrimiento, que medrosa, volvió á cerrarlos y me abrigué en sus brazos. Entonces, le dije casi suplicante:

—Vámonos. Eduardo! ¡vámonos....! quiero que nos vayamos esta tarde misma.

—¿Quieres que regresemos á la estancia? ¿Quieres que vamos á Mar del Plata? Acabo de recibir una carta de Luisito Giménez y aqui tienes una de Beba para ti, se casan á principios de Abril y enseguida se embarcan para Europa. ¿Quieres acompañarlos?

—Quieres acompañarlos volvió á repetirme mientras me abría los tres pliegos timbrados, donde Beba Frers me contaba con su loca alegría, las magnificencias de su trousseau y los preparativos del viaje

—Quieres que les acompañemos? Volvió á repetirme con una voz que parecía dolorosa y suplicante.

—Vámonos le contesté. Eso nos hará bien.

¡Oh si te hará bien, exclamó iluminándose y luego con la voz cambiada y llena de ternura añadió: Tienes razón, eso nos hará bien. Y sus ojos, sus gran-

des ojos, negros, bajo aquella esperanza, me parecieron otros ojos. Pero pasado aquel destello, yo ví en ellos tal expresión resignada y doliente, que comprendí que toda nuestra escena del atardecer, no le era ignorada, y llena de pena, pensé en él como el hilvanar de esas sospechas, debió serle de doloroso y de cruel.

¡Eso nos hará bien!.. .. yo tenía en mi oído esa candencia de esperanza triste y mientras él me besaba, desde los más íntimo de mi corazón, elevé una plegaria á la Virgen, que desde mi balcón entreaabierto veía en su capilla lejana, y llena de fervor pedí á María de la Merced, que fecundara mi seno para que en su fruto, pudiéramos, amarnos en nosotros y en él....!

\* \* \*

Hacia un momento que me había levantado, cuando sentí un golpecito en el vidrio y tras del, por la puerta entornada, ví aparecer toda blanca, la deliciosa figurita de María Fernanda. Una pequeña venda ceñía la herida de su frente, y como flores áureas caían sobre ella, sus bucles de oro.

Al verme junto á la ventana. corrió á mi, los brazos extendidos y los ojos, sus bellos ojos verdes inquietos y brillantes.

—¿Es verdad que te vas?

—Si repuse besándola

—¡Oh yo quisiera irmel.... Sabes que también se va Alberto?

Yo me sentí estremecer, ella prosiguió:

Mamá está muy triste y la he visto llorar; figúrate que Alberto salió esta mañana y como á las dos horas le mandó una carta, diciéndole que se iba esta tarde con su amigo á Buenos Aires, para poder estudiar. Yo le dije á mamá que le pidiera que se quedase unos días hasta el Carnaval, pero mamá no quiso hacerlo y se puso á arreglarle la valija llorando. ¿Y tú porqué te vás?

Yo me sentí turbada ante aquella pregunta y la respondí acariciándola.

—Porque nos vamos á Europa dentro de unos días y debemos prepararnos.

—¡Ah qué suerte! exclamó abrazándome y luego añadió: Mira Lucy voy á confesártelo. Cuando Gue-

rrero hace un momento, me dijo que esta tarde se iban, yo estaba en el corredor y sentí tanto miedo, que me vine corriendo.

—¿Miedo de qué? exclamé, besando aquellos ojos, que aun parecían trepidantes.

Ella con la cara encendida y la voz temblorosa murmuró: Creí que te irías por Alberto. Luego mirándome con rara fijeza añadió:

--¿Tu le oíste? cuando ayer en el muelle yo caí de tus faldas y Alberto rompiendo á correr me tomó en sus brazos, yo le oí que exclamaba ¡Perdón, Perdón! Y yo recuerdo que cerré los ojos asustada, porque al mirarle, me pareció que tenía la cara de un loco.... Vencida por la emoción permanecía sin contestarle, y ella la pobrecita, como pesarosa de haberme hecho mal, anadió:

--Dice mamá que todo eso debió ser efecto de la herida y la fiebre. ¿No es verdad Lucy que he sido una tonta en contártelo?

\* \* \*

A la tarde, cuando en el corredor, junto al carruaje que nos aguardaba para llevarnos á la estación, me

llegué haciendo ánimos, hasta la ventana de la señora de Lasala, para despedirme, cuando al abrazarnos yo leí en sus ojos maternos, que ya era conocidas para ella, la clave dolorosa y el misterio encontrado, yo sentí dentro de mí, nacer, agrandarse y fortificarse, una resolución de tal modo imperiosa que, cuando le ví en la estación, descender del caballo, yo fui quien sin trepidar y ser vista, me adelanté á su encuentro.

Le llamé por su nombre y al dar vuelta y verme sus ojos agrandados por el terror, me miraron con esfuerzo, como si hubieran querido desprenderse de una alucinación torturante. Llena de infinita piedad le contemplé adolorida, y no se si por efecto de la contracción del terror, ó de las sombras perfiladoras de la hora declinante, pero me pareció ver en aquella cara demacrada, un algo tan extraño, que tornó á mi memoria la impresión dolorosa de María Fernanda.

—Alberto, le dije dominando mi turbación. Soy yo quien se va. He visto llorosos los ojos de su madre. ¡Quédese Vd. yo se lo exijo, quédese Vd!

Y había en la inflexión de mi voz, tal imperio convencedor y dominante, que al pronunciarla, yo me sentía impresionada de mí misma. Cuando callé, él intentó contestarme, más la respuesta tardía se ahogó en su garganta, pero al mirarle yo leí en sus pupilas elocuentes, toda la llama de aquel trasfundir milagroso....

Así fué como le vi, aquella tarde, al tenderle las manos por última vez, y así le siguieron viendo mis ojos, cuando espoleando con fuerza al animal, le vi alejarse, rostro al hotel, en un galope tendido y violento.

\* \* \*

Minutos más tarde, desde las ventanillas del wagón en marcha, volví los ojos para contemplar] una vez más, aquel paraje sufridor é inhospito.

Una sombra levemente azul, velaba la planicie yerma y brillantes bajo los últimos rayos del sol, las arenas, parecían las holandas doradas de aquel lecho gigantesco. Bajo un haz de nubes ensangrentadas y chisporroteantes, el connubio supremo parecía ocultarse, mientras al frente, solas, altísimas y oscuras

---

cordilleras de nubes, semejaban las anunciadoras de la noche viniente. En un desvío del tren, el mar, volvió á verse y una cinta azulada, pareció unir las cumbres de los médanos ya lejanos y fantásticos.

El sol se había puesto y por un instante me distraje del mirar de las cosas, y mis ojos, donde, de nuevo tornaban las lágrimas, quedaron fijos, hasta que vieron el oscurecer de la noche, en una sombra que se perdía á lo lejos, solitaria y cabalgante... Una secreta afinidad me impulsaba hacia ella. Como la mía aquella alma, había recojido en su corto peregrinar, las tres cualidades que la hacen excelsa la vida: la nobleza, la pasión inútil y el dolor.”

Así concluía el manuscrito de Lucy Ocampo.

---



**El más fuerte**



## PRIMERA ESTANCIA

---

*A Mme. Raquel Tobal de Berutti.*

**E**n Mar del Plata, la galería del Bristol. La ancha galería que se extiende entre la sala de baile y los salones de juego, á lo largo del comedor. Una división de cristales la separa de la terraza que domina la plazoleta, camino del mar.

Como es de noche y hay preparativos de baile, la galería esta casi desierta, solo dos caballeros sentados en un extremo fuman conversando. El uno, es joven, acaba de cumplir los veintiseis años y tiene en su figura delicada y elegante, ese sello inconfundible de gentilicia distinción; su cabeza es hermosa, el cabello claro y sus ojos profundos y grandes, de un extraño y dorado verdor. En la nueva generación intelectual que se inicia, ha conseguido destacarse, y su nombre al par que una gran promesa, es ya una gran realidad. Es un novelista fino, delicado y sentimental. Tiene un bello nombre y un apellido del más viejo linaje, que en este Buenos Aires tan mezclado y perdido, trae como un aroma, de aquel aristocrático pasado, noble, preclaro y colonial. Se llama, Teodoro Alberto de la Quintana de Riglos.

El otro ha pasado los cuarenta. Es elegante y correcto y el corvar soberbio de su nariz, y el penetrante mirar de sus ojos, acedados, descubren una alma de cínico mundano, fino y sensual. Poseedor de cuantiosa fortuna, casi la ha perdido. Es el doctor Eduardo de Urioste.

ALBERTO

—Es en vano Eduardo; no puede el hombre dar leyes nuevas á su corazón, ni torcer los rumbos que la voluntad creadora le ha señalado; nacemos con el sendero que nos marca la organización, decimos los modernos, los antiguos la fatalidad.... quienes tendrán razón, no lo sé..... aún cuando es preferible, seguir las huellas de una senda divina, que no el estar sujeto, al poder de fuerzas insensibles é inconcientes.

EDUARDO

—¡Vamos! estos poetas no conocen la vida real mas que de nombre. Dime Alberto ¿no es una quimera que desdeñes un partido tan ventajoso. una niña joven, rica, bella....?

ALBERTO

—É inteligente? (sonriéndose)

EDUARDO

—De sobra tienes con tu ingenio, en cambio sus millones, piensa; no es una locura el despreciarla, por no sé que tonteras de leyes del corazón, por creer

con vida quizá, á ninfas y á musas las heroínas de tus poemas y tus versos?

ALBERTO

— No Eduardo, no es que yo quiera deslizarme en la pendiente de mi fantasía poética, pero esa niña no ha nacido para mí; lo que yo busco es una mujer que encarne mis ensueños, que sea símbolo de mi ideal, poeta soy, pues bién, quiero una mujer que me inspire y sabes como yo llamo á todo eso, como compendio esos sentimientos tan diversos, en uno solo más grande: el amor!

EDUARDO

— Oh, todo eso es muy bello para las castellanas amantes y los caballeros de capa de las leyendas medioevales, pero no para hoy; el mundo actualmente más practico, le ha asignado al amor, un lugar, entre las antiguas rapsodias, que cantan las gracias de Venus, ó los celos de Juno!

ALBERTO

— Déjame, en buena hora, vivir de esas ilusiones, de aquellos días más felices, de aqueila vida mas conforme al espíritu, más ideal. . . . . ¡ oh, las genera-

ciones de hoy son más practicas, como tienes de razón Eduardo, por eso no levantan la vista de la tierra, porque tras del dinero, no encuentran mas allá, por eso caminan con las frentes agachadas, con la mirada investigadora sobre el polvo; me dirás que entonces vivían de ilusiones, si, pero debieron ser muy felices, si todas ellas fueron tan dulces, como la que tu llamas del amor!

EDUARDO

— ¡Que joven eres aún!.. la sociedad evoluciona, progresa, y las conveniencias y el interés, han suplantado á esos ensueños, que tienen solo la consistencias de las sombras, que duran lo que el aliento de las flores; por eso ya en los jardines, esas flores que perfuman son muy raras. Y las pocas que quedan, sabes quienes son?.... Vds... los poetas...

ALBERTO

— ¡Bravo Eduardo! son jardines donde las flores que perfuman son muy raras.... ¡oh! no lo tienen no, porque viven entre sombras, aunque luzca para ellas un sol, porque del mismo color son los dos astros que las alumbran, pero los rayos del sol del hom-

---

bre, no tienen la grandeza bienhechora de la obra del Creador, porque nunca Eduardo el oro es el sol. ¡No hay flores perfumadas en esos jardines porque de brotos raquíuticos, abren las flores; porque hoy los niños son jóvenes y los jóvenes son hombres y todos ellos con sus mentes fijadas en una idea dominadora, solo buscan el dinero, solo buscan el placer!...el mundo de hoy es más práctico dices bien Eduardo, por eso los viejos ahí embriagarse en el juego, derrochando caudales que representan la labor de dos vidas, pero a ellos que les importa!... eso poco, quieren más!..... síguelos luego al salir de esos garitos, en busca del placer, verás las ofrendas que llevan a los altares de sus ídolos, presentes que tendrían rubor de llevar a sus hogares donde una esposa sufre el abandono y una madre visiona el porvenir. Pero a ellos que les importa. si en sus templos eso es gala, eso es honor!..... las pobres flores avergonzadas se marchitan....¡pero los hombres! !oh el mundo de hoy es más práctico.... no hay sentimientos, no hay ilusiones!

Pronuncia las últimas palabras con la voz alta y llena de ironías violentas y el crispar de su mano le sigue consonante, una mano afilada y blanca, en la que un anillo antiguo, luce el grabado primoroso de sus armas: un castillo que parece acordar los tiempos del romanticismo medioeval y lejano, y sobre él dos estrellas solitarias en un campo azul; una corona de marqués, la completa, cimera sobre el palio de un manto.

Eduardo le contempla sonriendo y Alberto deja caer sus ojos, sobre el castillo de sus armas, aquel castillo solitario, que es como el símbolo de su casa, un palacete antiguo de estilo pompeyano, donde su madre, una vieja señora, llora sus dolores y abriga sus esperanzas, en una vida de recojimiento y de oración.

EDUARDO

— Creí que comenzabas con un romance á lo rey Artus y veo pue que concluyes con un epílogo, de melodrama sentimental. ¡ Pronto tocas los extremos!

ALBERTO

— No, tu no me entiendes, lo que no quiero es viejos de treinta años, jóvenes que comienzan á vivir, con una sonrisa de escepticismo en sus labios, quiero tan solo que comprendan, que la fortuna y el dinero son necesarios, pero que tienen un más allá, quiero aprecien y respeten las manifestaciones del talento, quiero que mañana cuando vayan á formar un hogar, no investiguen primero si la mujer tiene ó no tiene, que busquen la compañera de la vida, no el sosten de sus caprichos y sus diversiones, quiero

---

que desdeñen como yo, á una niña con dinero, cuando el cariño no se ha despertado en su corazón, que no olviden el amor... ya ves que no soy en mis aspiraciones extremado!

EDUARDO

— Y el coche en la puerta, el palco en la Opera, la temporada de verano, tu crees acaso que se consiguen con el amor?

ALBERTO

— Eso es aturdimiento necesario, cuando del hogar está ausente el amor y la felicidad. Yo lo desdeño, no quiero á Corita con sus campos, sus leguas, sus millones, porque ellos no me han de proporcionar el placer, que he de sentir viviendo modestamente con Blanca Moreno, á quien pobre hoy, la adoro!

EDUARDO

— ¡ Oh admirable y detrás de ese idilio, sufrir á diario, las escenas del padre, haces bien Alberto, eso si que ha de inspirarte, bien se ve que eres poeta y partidario con Victor Hugo. de la antitesis y de lo grotesco! ¡admirable!

ALBERTO

—¡Eduardo, tu también! ¡oh, eso es infame! Porqué ese hombre respetable haya perdido honradamente su fortuna, porqué hoy sea pobre, que los que ayer le adularan, hoy le hagan mofa y se rían, ¡oh sabes que este proceder es infame!

**A**lza de nuevo su voz y una ráfaga de violencia parece animarla, cuando oyendo pasos se reprime, al tiempo que por la puerta de la vidriera, asoman damas y caballeros. Son María Elena del Solar, Cora Paz, su madre la señora Fernanda, el Dr. Don Evaristo, Pepe, y algunos otros. Al entrar saludan á Eduardo y á Alberto que, al verlas llegar se levantan acercándose.

MARÍA ELENA (á los que entran)

—Lo ven no me engañaba eran ellos.

ALBERTO

—Luego nos buscaban.

MARÍA ELENA (á Alberto sonriendo)

—Si, por cierto.

CORA

—Y al fin les encontramos.....

MARIA ELENA

—En el apartado refugio, en donde se habían ocultado para librarse de nuestra conversación, no es cierto? que acaso no piensan asistir el baile?

ALBERTO

—Nada de eso, María Elena tendremos el placer de acompañarlas (mirando el reloj) Verdad que es tarde.

EDUARDO

—Se me ha pasado el tiempo con tu conversación.  
(dirigiéndose á Alberto)

MARÍA ELENA

—Si, nos guiaron los ecos de la voz de Alberto ¡oh comprendo Eduardo, que se le haya pasado sin sentirlo el tiempo, debe ser tan grato conocer las intimidades de un poeta.....

ALBERTO (á María Elena)

—Vamos Maria Elena Vd. se burla.

MARÍA ELENA

—Porqué burlarme?

Se apoya en la vidriera para seguir conversando, mientras sus ojos sus hermosos ojos negros miran á Alberto, al tiempo que se boca insinua un gesto delicioso, de asombro femenino y sentimental.

Alberto la mira, contemplando aquel hermoso cuerpo, que ciñe una elegante toilet de liberty rosa, con túnica de paillete negro y encajes. En el escote, dos grandes lirios artificiales y blancos, apretan sus pétalos bajo los lazos del echarpe, un riquísimo echarpe de Bruselas todo blanco. Eduardo separándose de ellos, se acerca á Cora que conversa en un grupo con Pepe, la señora Fernanda y Don Evaristo. Corita es una niña menuda y bonita, con toda la gracia y estupidez, de las niñas que aun no tienen veinte años.

EDUARDO (dirigiéndose á Cora)

—Y que se dice Corita del baile muy preparada por cierto?

CORA (á Eduardo)

—Como no, estará el cotillon espléndido. Es tal la animación que reina, que desde hace dias no hablamos de otra cosa.

FERNÁNDA

—Hemos vendido más de quinientas entradas. Con fiestas como estas, nuestra capilla Stella Maris, tendrá pronta terminación.

PEPE

—Esta tarde las partidas de golf y la misma playa, han estado desiertas, puras inglesas.

CORA

—Como que todas estábamos en los últimos preparativos de los adornos y los trajes.

PEPE (á Cora inclinándose lleno de solicitud)

—Lo que es el suyo Corita está elegantísimo, le aseguro que ha de llamar la atención, como que le queda para su tipo tan delicado, tan fino, tan aristocrático, admirablemente.....

CORA (á Pepe)

—Pepe es Vd. demasiado bueno, demasiado amable.....

PEPE

—Oh nada de eso Corita, está Vd. esta noche, mas seductora que Margarita en la visión de Fausto. Es un modelo irreprochable, es el corte de Paquin, es la perfección de línea de Douset.

**P**rosigue en aquellos comentarios que llenan á la niña y á la madre de verdadera satisfacción. Doña Fernanda le escucha sonriendo: Es una dama viuda y joven aún; viste un elegante traje de chantilly negro, adornado en el corsage con riquísimos encajes blancos. En el cuello, luce un regio hilo de perlas. Don Evaristo se inclina á su lado, y María Elena que ha estado mirándoles se vuelve hacia Alberto y le habla con una sonrisa casi doliente.

MARIA ELENA

—Así son los hombres, cuando más insustanciales cuando más ridiculos son, se prodigan, cuando son de valer, cuando son verdaderos hombres, entonces se apartan de la mujer, la relegan á un lugar inferior como si ella al lado de sus sentimientos, no tuviera una inteligencia, para apreciarlos, para admirarlos, para comprenderlos....

ROBERTO

—Oh María Elena Vd. generaliza, y es injusta, á sus compañeras no le agradan nuestras conversaciones, sino cuando les hablamos como Pepe, de las trivialidades de la Opera, de las modas ó de los trajes..... Me dirá que esta regla no reza para Vd. lo sé, la exceptué sin conocerla al oirla cantar aquella tarde en San Pedro..... Hermosa tarde Eduardo, (dirigiéndose á este) pero digo mal sin conocerla, porque me bastó aquel instante, para comprender su inteligencia y su corazón!.....

MARÍA ELENA

—Gracias..... allí nos conocimos hace pocos días es verdad.....

ALBERTO

—Hermosa acción, que no olvidaré nunca, porque no olvido lo bello, no sé si Vd. juzgará como Eduardo; que no es esto, una cualidad, sino más bien un defecto.

EDUARDO

-- Si un defecto en tí, que pretendes tomar la vida por un lado demasiado romántico, demasiado senti-

mental. María Elena, voy á requerir su ayuda para modernizarle.

MARÍA ELENA

—Con el mayor placer, con tal que Alberto quiera prestarse, he de comenzar esta noche misma.... pues somos compañeros hasta el cotillon.

EDUARDO

—Convenido pues y á ayudarme.

MARÍA ELENA (sonriendo)

—Pero, sabe Eduardo lo que me parece, que mi ayuda ha de necesitarla doble, porqué á Fernanda no le desagrada Don Evaristo, mírelos Eduardo, allí en el fondo conversando están juntos (á Eduardo que se aleja) Tenga cuidado, mire que su fortuna peligra, Don Evaristo es todo un Camarista, un magistrado de posición.

EDUARDO

—Gracias; con todo, no le temo.

MARÍA ELENA (á Alberto)

—Una mujer de edad más disputada que las mismas jóvenes..... Y que me dice de esa rivalidad?

ALBERTO

—Que he de decirle, que es natural; Fernanda es viuda, es jóven aún, tiene buenos millones, lo mismo pasa con la hija; todo despliegan sus artes y tratan de darle caza.

MARÍA ELENA (con sorpresa)

—¿Y á donde vamos á parar y ese es su romanticismo?

ALBERTO (sonriendo)

—¡Oh á lo natural, tienen millones!.....

MARÍA ELENA

—¿Y el afecto?

ALBERTO

—Oh eso vendrá después! (sonriendo) No sabía que era Vd. de las que en estos tiempos, creen en el afecto!

MARÍA ELENA (asombrada)

—Si creo en él, como Vd. Como Vd. cuando lo canta en sus versos y en sus novelas ardientes.....

ALBERTO

- ¡Oh, eso es poesía, pero en el mundo no ignora Vd. que todo eso es sencillamente una ficción, cuando

no una farsa..... ¿se asombra?..... hemos trocado los papeles!.. ya trateré de convencerla! (sacando el reloj) Pero es tarde, la hora del baile se acerca y debo mandar una carta, no olvide que soy su compañero..... y que dentro de un instante volveré á buscarla. Hasta luego.

**A**lberto se inclina y luego se aleja por el corredor hacia las salas de lecturas. María Elena le sigue con su mirar, y cuando le ve alejarse, sus ojos, sus hermosos ojos negros y grandes, la descubren con su encono, femenino, doloroso y sentimental.

Cora entre tanto, lee en el corro de sus amigas, una nota de vida social. Es una de esas crónicas mal escritas, y tontas, que hacen las delicia de algunas damas, á quienes sus autores colocan en pintorescos grupos, bajo cuadros imaginarios ó junto á chimeneas de severos estilos que resultan fantásticos. Cuando acaba de leerla, ve á María Elena alejada y llevandole el diario, la dice enca: tada.

CORA

—Pero María Elena que haces sola por ahí. Ven, lee la crónica del baile del Martes, que trae el diario, es de Pepe, ven, lee que está esplendida.

PEPE

—¡Oh Corita no diga eso, su amabilidad me confunde, si es mucho menos de lo que Vds. merecen.

CORA

—Pero María Elena no me oyes, toma lee el diario

MARÍA ELENA

—Déjame Corita, déjame la tengo de memoria.

CORA (asombrada dejando el diario sobre una silla)

—Hoy estás terrible. la vida social fastidiarla, vean Vds.

MARÍA ELENA (afectuosamente)

—Pero querida. no ves que es lo de siempre, todas hemos estado bellisimas, elegantes, hermosas aún cuando en realidad, sean más bien algunas lo contrario.

FERNANDA

—Esta María Elena siempre tan local!

MARÍA ELENA (á Fernanda)

—Pero Fernanda Vd. cree que estos caballeritos se dan el trabajo de escribir lo que sienten..... tienen Vds. (dírij. á Pepe) su acopio de términos y siempre es lo mismo, ni siquiera en ello hay variación, es como lo de las revelantes prendas, que adornan siempre el carácter bondadoso de la extinta..... (todos se ríen)

CORA

—Vamos María Elena tú estás hoy endemoniada.

MARÍA ELENA

—Así me dicen que estoy, cuando les digo lo cierto.

PEPE

—Quizá, pero eso es lo que á todo el mundo y especialmente á las señoras agrada.

MARIA ELENA

—Si, no lo dudo, á las amigas del reclame ó á las tontas.

FERNANDA (á María Elena)

—Pero hija siempre has de concluir enojándote con el pobre Pepe, lee la crónica y te conciliarás.

MARÍA ELENA

—Si ya la he leído esta tarde.

PEPE (á María Elena)

—Vamos María Elena ni siquiera ese consuelo y eso que la llamo, espíritu de exquisita elegancia.

MARÍA ELENA

—Pero si le doy las gracias. Bueno Pepe no se me enoje, y como deben ya, haber llegado en el expreso los diarios de la tarde, le pido quiera hacerme la amabilidad traermelos.

PEPE

—Con el mayor gusto, voy enseguida.

CORA

—Y vea al mismo tiempo, la lista de pasajeros que han llegado esta noche al Hotel.

PEPE

—Como Vd. lo ordene Corita, con el mayor placer.

CORA

—Con el baile ha de haber llegado mucha gente.

MARIA ELENA

—Quiénes habrán venido?

CORA

—Muchos mozos seguramente.

FERNANDA (á María Elena, mirando á Pepe que sale)

—Pobre Pepe, ¿porqué le tratas tan mal, con semejante agradecimiento no le van á quedar deseos de volverte á llamar espíritu de exquisita elegancia. (María Elena sonríe encojiendo los hombros).

CORA (á Fernanda)

—Déjala mamá que esta chica, está este año terrible, tiene unas lunas y unos nervios tan agresivos y los pega siempre con el pobre Pepe.

EVARISTO (á María Elena)

—Y el buen muchacho, no te ha dicho sino lo que es justo. (luego dirijiéndose á Fernanda) Lo mismo que de Vd. Fernanda.

FERNANDA

—¡Oh, no Evaristo, Pepe conmigo es demasiado bueno!

EVARISTO

—Pero Fernandita, cual dama fué más digna de calificativos tan altos, que Vd. que á sus prendas morales, une encantos físicos de tanta valía y distinción.....

MARÍA ELENA (que ha oído las palabras, sonriendo á Eduardo.

—Lo ve, bien le decía, el lado débil de Fernanda no descuide mis advertencias que de no ¡ay! sus ilusiones, que no se realizarán.

EDUARDÔ

—Hoy está Vd. bien curiosa..... mis ilusiones! Esta visto que ha dedicado el tiempo á hacer psicología experimental en Pepe, en Don Evaristo y luego en mi.

MARÍA ELENA (sonriendo)

—Quizá.... (luego bruscamente en tono de interrogación)  
Dígame Eduardo, que le parecería casar á Alberto con Corita?

EDUARDO

—Vaya con la pregunta.

MARÍA ELENA (riendo)

—Pues le vendría admirablemente para sus planes futuros, no es cierto? Lo que sí creo es que, el que ha de darle algún trabajo es Alberto.

EDUARDO

—Está Vd. de nuevo le digo muy curiosa, 'lo mira todo bajo una faz.....

MARÍA ELENA

—Eminentemente modernista, no es verdad? es natural.

EDUARDO

—Sabe me asombra.

MARÍA ELENA (aparentando sorpresa á su vez)

—Y porqué, quizá porqué me atrevo á expresar lo que todos piensan, lo que piensa Vd., lo que piensan en este momento Don Evaristo, Pepe, Alberto.....

EDUARDO (mirándola y sonriéndose)

—¿Alberto?

MARIA ELENA

—Si, Alberto, por qué hemos de exceptuarle? porque sea poeta y componga estrofas encantadoras, acaso no ha de sentir y pensar como hoy piensan los hombres. Desengáñese Vd.; apenas hace un momento que me decía que el amor estaba bueno para los versos, pero que en la realidad era una ficción, una farsa.....

EDUARDO (mirandola con ironía)

—¿Qué está diciendo? no ha comprendido que Alberto se estaba burlando!

MARÍA ELENA (sorprendida se sonroja pero aparentando tranquilidad le responde.)

—Burlarse de mí? y porqué, acaso no es natural?

EDUARDO (vivamente)

—Quizá para nosotros, pero no para él, que cada vez mas enamorado, adora á Blanca.

MARÍA ELENA (sorprendida)

—¿Aún?

EDUARDO (mirándola fijamente)

—Si más que nunca, cuando Vd. entraba, cuando

Vd. le oía su voz vibrante, apasionada era porque hablaba de ella, porque hablaba de su amor!

La dama empalidece y las pupilas de sus ojos dilatadas y mas negras, parecen descubrir el efecto de aquellas palabras que le han llegado muy hondo.. Un temblor nervioso ajita su labios, unos labios contraídos que parecen sin sangre, pero la dama en un esfuerzo supremo de voluntad logra dominarse, pero ya cuando la fría mirada de Eduardo ha adivinado todo el misterio de pasión encadenado en su alma.

#### EDUARDO

—Si María Elena, la ama aún, desgraciadamente y es necesario, ahora que está lejos de ella hacer todo lo posible para evitarlo (María Elena lo mira sorprendida) es menester quitarle esa idea extravagante, ahora en la posición en que está, arruinada, más que nunca. Con Blanca, Alberto no sería feliz, su fortuna no bastaría para llenar las exigencias de esa niña demasiado orgullosa, demasiado déspota y luego el padre que de un tiempo á esta parte se ha entregado á la bebida.... Oh, María Elena, hagamos por Alberto que bien lo merece todo lo posible para desviarle ese amor que no le haría feliz.....

Prosiguen conversando, sin ver á Pepe que viene apresurando, demostrando en su fisonomía una gran satisfacción. Pepe se acerca dando voces y las damas le rodean curiosas. María Elena y Eduardo se vuelven al oír el animado comento.

PEPE

—No lo imaginarán Vds. Han llegado esta tarde y se hospedan aquí en el hotel, Blanca Moreno y su padre.

TODOS

—¡Don Bernardo y Blanca!

PEPE

—Sí, han llegado esta noche y acaba de decirme Pedro el camarero, que ocupan el departamento situado frente á nuestras habitaciones, es decir, á las de Alberto y las mías.

MARIA ELENA

—(¡Ah todo debía conjurarse!)

EDUARDO

—(No ha querido dejarle.)

EVARISTO

—Pero es extraño, me sorprende que hayan llegado así..... de improviso.....

UNA SEÑORA

—Y que venga con ese lujo á deslumbrarnos!

FERNANDA

—Quizá Pedro, les habrá confundido.

EVARISTO

—Eso ha de ser.

PEPE

—No, que ha de confundirles. Si le conoce muy bien y más aún, él mismo los ha recibido al bajar del tren y se ha ocupado de sus equipajes, dice que traen muchos baules.....

UNA SEÑORA (sonriendo)

—Cuando no! tan orgullosa como es ella, no ha de querer ser menos! Ya lo ve Fernanda (dirigiendose á esta) parece que han de estar largo tiempo á juzgar por los preparativos y luego (hacienda una mueca tomar todo un departamento!

PEPE

—Me dijo Pedro que al bajar del tren, le preguntó Blanca por Alberto.

EDUARDO (á María Elena)

—Lo ve, María Elena, le acecha, no ha querido abandonarle ni un momento, viene á llevarselo. ¡Pobre Alberto! pero no se lo vamos á dejar arrebatarl

MARÍA ELENA

—Ya es tarde.

EDUARDO

—Nunca es tarde, hay un medio de conseguirlo y ese medio depende de Vd.....

FERNANDA

—Pero mucho me extraña verlos por acá, porque después de la desgracia del pobre Bernardo, no se le ha visto á Blanca este invierno en el Colon.

CORINA

—Ni en el Odeon.

PEPE

—Ni en Palermo. Ni en las Kermeses.

UNA SEÑORA

—Ni en ninguna parte.

UN CABALLERO

—Habrá estado ahorrando para deslumbrarnos?

FERNANDA

—Por qué son así? por qué hacer malos juicios?

DON EVARISTO

—Tiene razón Fernanda. La fortuna de Don Bernardo era grande.

UNA SEÑORA

—Pero que sacamos si la perdió.

## UN CABALLERO

—Honradamente por cierto.

## UNA NIÑA

--Pero con la honra no se paga el hotel.

## VOCES

—Ni los viajes.... ni los trajes....

Todos sonrien con los ojos picarescos y desvergonzados y prosiguen sus comentarios, con aquella lijereza tan propia de nuestros salones, mas inconsciente que maligna y cruel. María Elena separada del grupo, conversa con Eduardo y llena de indecisión, vá oyendo aquellas palabras frías y crueles, que penetran, como garfios en su alma.

## MARIA ELENA (interrumpiéndole)

—¡Oh no, eso es demasiado!

## EDUARDO

—Quizá pero el único medio de llegar al fin ¿acaso no vale la pena arriesgarse un momento, para lograr la felicidad de Alberto? no hay otro medio, Vd. lo está palpando, todos están mal dispuestos, la recibirán friamente, como que ya no tienen de ella nada que esperar.. ... es duro no es cierto? pero si las circunstancias por si solas se nos presentan favorables, porque no aprovechar de ellas?

MARIA EENA

—¡Pero he sido su amigal

CORA

—Si ha venido hoy seguramente asistirá al baile.

UNA SEÑORA

—No hay duda. Y ya verás la pobrecilla con que traje se nos presentará.

UNA NIÑA

—Tan orgullosa como es!

PEPE

—Dijo Pedro, que Blanca está lindísima!

UNA SEÑORA

—Buen Juez de belleza un camarero! Como ella trata á todo el servicio con un modito.....tan zalamero, justo, han de recompensarla.

CORA

—También pobre Blanca, porque se ha de privar de divertirse, porque no tenga lo que antes.....

UNA SEÑORA

—Bien se ve que tú eres muy niña aún, y no la conocés, nadie dice que no se devierta.... pero preten-

der cuando sabemos que no tiene nada, deslumbrarnos!

UN CABALLERO

—Es ridículo!

UNA SEÑORA

—Claro, está altamente ridículo, en fin será en la temporada una curiosidad un atractivo más.

CORA

Deseando estoy verla.

EDUARDO (á María Elena)

—Creame María Elena, es lo único que podemos hacer y no hay que perder un momento, después será tarde!

PEPE (mirando hacia la de la derecha)

¡Si no me equivoco es ella, que viene!

VOCES

—¡Cómo! quién! Blanca?

PEPE (mirando hacia la puerta hablando rapidamente)

—Si Blanca, es ella, viene con su padre por la galería techada, ya se acercan..... pasan junto al salón de fumar.....

CORA (mirando hacia la misma dirección luego volviéndose á los demás que están á su lado.

—Se detienen, el Ministro Alemán y otros caballeros se acercan á saludarlos.....

EDUARDO (á María Elena)

—María Elena, la hora se acerca no hay que perder un momento!

PEPE

—Que hermosa que está, así á la luz!..... más delgada, pero qué hermosa!..... su padre se queda con el Ministro Alemán y esos caballeros, y ella se encamina hacia nosotros.....

**T**odos se retiran precipitadamente y se disponen en grupos aparentando conversar, y conversan con palabras locas, mientras atisban con mirar de reojo, á la silueta de la dama, cuyos pasos resuenan agradados por la expectativa, en el silencio del corredor. Blanca aparece y llegándose á una silla del fondo se despoja de su echarpe de encajes. Luego al mirar á las señoras y caballeros que aparentan no verla, se detiene un instante un poco turbada. Eduardo la mira y contempla aquella hermosa figura que al detenerse sorprendida, parece aún más gentil y mas bella. Lleva un riquísimo traje de aleçon sobre fondo dorado y en el cuello, de una blancura eucarística, un hilo de perlas. De pronto al ver á María Elena de espaldas, corre con los brazos abiertos, hacia ella, al tiempo que Eduardo, le habla unas palabras en su oído.

BLANCA (abrazando á María Elena)

—No me esperabas querida. No es cierto?

MARIA ELENA (después de un corto silencio)

Es verdad..... Me has sorprendido.

**E**xtrañada con la actitud de su amiga, Blanca la mira un momento y sus ojos, sus hermosos ojos negros, se detienen en ella fijos é interrogantes. Maria Elena bajo aquella mirada baja sus parpados, y entonces Blanca al comprenderlo, la dice con una voz tan trémula y dolorosa que no parece la suya:

¡No lo esperaba de ti María Elena. no lo esperaba!

**L**uego volviéndose sin mirarla, se dirige á una silla desocupada del centro, dirigiendo á las damas y caballeros un ceremonioso saludo. Todos le contestan. En tanto María Elena comovida, alza sus parpados y torna á Blanca sus ojos, y al mirarla siente como un impetu de correr hacia ella, pero Eduardo al notarlo, la detiene en voz baja.

Don Evaristo acercándose á Blanca, mirando primero á lo demás le tiende timidamente la mano.

FERNANDO (con aflicción á Cora)

¡Pobre niña que situación!

CORA (á su madre)

¡Ay mamá que pena le tengo.

FERNANDO (á Cora)

Porqué no te acercás.

CORA

Ay mamá nadie lo hace..... que dirán.

UN CABALLERO (sacando el reloj)

Señoras las doce menos cuarto y el baile comenzará á las doce.

VOCES

Qué tarde.

UNA NIÑA

Y aún no hemos concluido de arreglarnos.

LAS SEÑORAS (levantándose)

Vamos, Vamos.

Se dirigen hacia la puerta de la izquierda. María Elena turbada sin mirar á Blanca, pasa con Eduardo delante, quedando con Blanca, Fernanda y Cora, Don Evaristo y Pepe.

BLANCA

No se detengan por mí. Gracias, le ruego no se detengan.

FERNANDA

Es que aún no hemos concluido de arreglarnos. Y hemos dejado en el anexo la canasta con los adornos del Cotillón.

CORA

Ven con nosotras.

BLANCA

Gracias Corita.

CORA

Pero, como? tu vas á quedarte.....

BLANCA (sonriendo)

Sola? ¡oh, ya me voy acostumbrando á estar sola!...

Se alejan por la derecha, Fernanda del brazo de don Evaristo y Cora del de Pepe. Blanca les acompaña unos pasos, y al volverse se encontra con Alberto que abre la puerta de la vidriera.

BLANCA

¡Alberto!

ALBERTO (sorprendido)

¡Tú!... ¡tú acá!

BLANCA

Si yo..... ¿que, también á tí te sorprende.....?  
pero sigue, nadie te ha visto, no te detengas!

ALBERTO

¿Qué dices?... Qué estás diciendo?

BLANCA

Que estamos en el mundo y debemos seguir sus reglas..... por eso al ver que tú..... como los demás, también me miraban con sorpresa le he dicho: Ya que nadie te ha visto, sigue no te detengas!

ALBERTO

¡Sabes Blanca que me asombras!

Alza sus ojos, sus hermosos ojos de un verdor extraño y dorado y lleno de confusión, los detiene interrogantes en las pupilas dilatadas de Blanca. Á medida que la mira, va adivinando en el tem-

blar de sus labios y en el llorar de sus ojos, todo el enigma de aquel engaño doloroso. Blanca toda estremecida tiende sus párpados, unos párpados tan leves que al cerrarse sobre los ojos parecen como transparentarlos.

• ALBERTO

Pero es verdad? ¿pero has podido atormentarte con esas dudas...? ¡Ah, porqué no me respondes... porqué ahogas tus palabras, porqué no dejas hablar á tu corazón, si sabes que te amo, que te adoro!

BLANCA (suspirante)

¡Perdóname Alberto, perdóname! Tienes razón no debía imaginarlo, pero es tan extraño lo que pasa á mi alrededor! Estaban todos reunidos aquí hace un momento y me recibieron peor que una desconocida, peor que á una extraña..... Pero á qué contarte estas miserias, Alberto mio, qué me importa de sus ultrajes y de sus desdenes, que no me hablen, que no oiga los ecos de fingidas alabanzas, si llenan mi corazón tus palabras amantes, que me dicen que me adoras, que me amas.....!

ALBERTO (tomando lleno de pasión una de sus manos y llevándola á sus labios)

¡Sí, te amo!... te amo! Blanca mía, te amo! te amo!

Ambos se miraron y la misma llama de amor brilla en el fondo de sus ojos que se atraen ardientes. Blanca se vuelve y tiende sus párpados porque ha oído pasos á su espalda. . La puerta se abre y despojadas de sus tapados aparecen las damas y los caballeros , precedidos por María Elena y Eduardo. Ambos al ver á Blanca y á Alberto juntos, se detienen sorprendidos. ❀

MARIA ELENA (á Eduardo)

¡Ya es tarde!

EDUARDO

Nunca es tarde . . . . .

UN CABALLERO

Pasaremos al salón, ya está todo el mundo y nos esperan para comenzar.

VOCES

Vamos.

Se forman las parejas en el mismo orden con que poco antes salieron— Eduardo con una señora — Don Evaristo con **Fernanda** — Cora con Pepe y así los demás solo quedan libres, **Blanca, María Elena** y Alberto.

EDUARDO (á María Elena)

¿Sin compañero? ¿si no me engaño debía Vd. dirigir con Alberto el Cotillón?

MARIA ELENA (sonriendo)

Si, pero ya lo vé, frágil memoria tienen los poetas.

ALBERTO

¡Ah, es cierto! (como recordando)

MARIA ELENA

Pero no importa, si más le agrada quedarse acá

ALBERTO (á Blanca)

Yo iré contigo.

BLANCA

No, si eres su compañero, vete con ella.

ALBERTO

¿Y tú? como has de entrar sola? Dame el brazo.

BLANCA

No Alberto, te corresponde ir con ella.

UN CABALLERO (á María Elena)

La orquesta está tocando la danza de las flores de Loreley. Que esperan?

**A**lberto, sin saber que hacer, dirige miradas hacia una y otra parte como buscando algún compañero para Blanca – todos le hacen señas de que están con otra niñas.

EDUARDO (á María Elena)

No le decía que aún hay tiempo.

BLANCA (á Alberto que le ofrece de nuevo el brazo con resolución)

No importa, déjame yo entraré sola!

MARÍA ELENA (á Eduardo sonriendo)

¡Como el lucero del alba!

**B**lanca comprendiendo la alusión, se adelanta á las parejas. que se disponen á entrar al Salón y volviendo á María Elena, la dice con ironía, sonriendo.

BLANCA

Tienes razón, María Elena. Como el lucero del alba, delante y sola!

ASÍ TERMINA ESTA PRIMERA ESTANCIA

## SEGUNDA ESTANCIA

---

*A Mme. Elisa Peña de Uribe Larrea.*

El centro de la gran galería. Don Evaristo sentado en una silla de hamaca, se abanica con una pantalla y parece soñar. Llegan los ecos de las músicas del salón y al través de los cristales se ve y se siente el rumoroso desfilar de parejas. Pepe abriendo la puerta de la vidriera, asoma festivo.

PEPE

¡Hola Don Evaristo, que hace Vd. tan solo por acá!

DON EVARISTO

Pués hombre, descansando. Hace tanto calor, que sofocado, he salido para no ahogarme.

PEPE

A la verdad, hay un gentío enorme. Nunca ha estado más lleno el salón ¿Ha visto la cazuela? repleta.

DON EVARISTO

Bien contenta debe estar Fernanda y las damas de

la comisión, á este paso, tendremos concluida la capilla de la Stella Maris, antes de un año.

PEPE

Pero Don Evaristo, porqué no sale Vd. á la terraza, está más fresca.

DON EVARISTO

Estoy transpirando y temo resfriarme. Los viejos tenemos que cuidarnos.

PEPE

Aunque no admita lo de viejo para Vd., me quedaré haciéndole sociedad y charlando. Qué espléndido ha estado el Cotillón.

DON EVARISTO

Soberbio.

PEPE

Y las figuras originalísimas, como que son las últimas que se han bailado en Mentone, en el palacio de invierno. Como á pedido general va á repetirse, alternaremos estas figuras con otras más lindas.

DON EVARISTO

María Elena lo dirige muy bien.

PEPE

Ya lo creo. Nadie como ella para la dirección. La verá en esta segunda parte, ella la dirigirá, pero con Eduardo en vez de Alberto.

¿Donde estaba Vd. Don Evaristo? Le ví al principio con Fernanda, pero luego no le ví más.

DON EVARISTO

Estaba con la pobre Blanca y su padre, (levantándose pasea á grandes pasos) Ahí tienes lo que es el mundo; quien hubiera pensado al verla aquí hace apenas un año, rodeada, agasajada por todos, que porqué luego fuera pobre, vergüenza da el decirlo, la recibieran así tan friamente y le volvieran la cara.

PEPE

No puede imaginarse la violencia en que estaba en esos momentos. Cómo es posible me decía al verla abandonada, que no le tuvieran pena y compasión!

DON EVARISTO

Y qué me dices de María Elena, no caigo de mí asombro (volviendo á pasearse) eso es inexplicable..... sin nombre.....

PEPE

Y amigas como eran ellas inseparables se querían tanto, ya lo vió Vd. como al divisarla Blanca, corrió á estrecharla con todo afecto entre sus brazos..... Verdad que es inexplicable.

DON EVARISTO

Tanto más, que María Elena, será todo lo que se quiera de extravagante, pero no es de mal corazón.

PEPE

Que ha de serlo, si es tan buena como las demás y acaso Corita no es un angel, Fernanda una pascua, pero por seguirlas, por no ser menos.....

DON EVARISTO

Sí, por seguirlas tienes razón, pero en María Elena que es de un carácter tan independiente, te repito que es extraño, muy extraño.

PEPE

Pués á pesar de esa independencia, yo creo que la voluntad que la dirige no es la suya.

DON EVARISTO

Como así y quién crees tú que ha de sujestionarla?

PEPE

Eduardo.

DON EVARISTO

¡Eduardo!

PEPE

Sí, Eduardo, oígame Don Evaristo, yo estaba cerca de ellos conversando con Cora, cuando Blanca después de abrazarla sorprendida dolorosamente de su actitud, le dijo aquellas palabras, «No lo esperab a María Elena de ti, no lo esperaba» y yo noté que estas palabras produjeron en ella una conmoción profunda, que sintió impetu de correr hacia Blanca, de pedirle perdón, que sé yo, pero al notarlo Eduardo la contuvo diciéndole en voz baja, algo que no pude oírle.

DON EVARISTO

**Extraño** es lo que me cuentas, pero nada debe sorprendernos de ese hombre, es tan malvado, de tan mal corazón.

PEPE

Y se venga, bien sabe Vd. que galanteó en otro tiempo á Blanca y que ésta jámas le hizo caso, pero aún hay más, el hombre tiene hoy sus proyectos,

quiere casar á Alberto con Corita para casarse luego con Fernanda, (Don Evaristo lo mira con sorpresa) lo sé por Alberto mismo y como éste ama á Blanca, la presencia de ella, aquí, le estorba. Se ha propuesto eleminarla. Bien sabe Vd. que este hombre, no es de pararse en medios con tal de conseguir su fin.

DON EVARISTO

Sí lo sé, pero como te esplicas que María Elena puede prestarse, á estos planes y á estas venganzas

PEPE

Quizá ella misma con otros alcances, busque este fin.

DON EVARISTO

Cómo. ¿Tú crees que María Elena esté enamorada de Alberto?

PEPE

No lo afirmo, pero lo creo y de otro modo no puedo explicarlo.

DON EVARISTO (haciendo señal de aprobación con la cabeza)

Es posible y en caracteres como el de ella, no hay dominio de la inteligencia sobre la pasión y estas suelen ser terribles. . . . . violentas.

PEPE

Así es y la víctima es la desdichada Blanca. Pero creo que felizmente los designios de Eduardo no se cumplirán; Alberto ama á Blanca y se ha de casar con eila, bien sabe Vd. que él no es de los que calculan y poco le importa que hoy tenga ó no tenga.

DON EVARISTO

Dios te oiga. (Y luego mirándolo con sonrisa) Cómo estarás tú de contento, pues no es poco librarte de un rival temible?

PEPE (riendo)

Efectivamente no se lo negaré á Vd. pero creo que no seré el único interesado en que fracasen los planes de Eduardo; vamos Don Evaristo que Vd. ....

DON EVARISTO (aparentando sorprenderse)

¡Hombre yo!

PEPE (palmeándolo)

Sea Vd. franco, confiese que Fernanda lo ha decidido al fin, á dejar de ser soltero.

DON EVARISTO (riendo)

Qué muchachos' crees tú que los viejos, somos co-

mo Vds. que no pensamos más que en novias y en casarnos.

PEPE

Vamos Don Evaristo, á los cincuenta años apenas se llama viejo, si está en la plenitud de la existencia; lo que es á Fernanda no le parece así; y como no ha de agradarle, un majistrado de su altura, todo un caballero, un hombre de posición, de honorabilidad intachable buen mozo, joven aún.

DON EVARISTO (que ha oído esta serie de elogios con evidente satisfacción)

Hombre no te diré que no hubiera pensado nunca en ello.

PEPE (riendo)

Confesado al fin, sí Don Evaristo yo á la hija y Vd. á la madre, y como no hemos de adorarlas si son unas santas, tan buenas, tan cariñosas, tan afectuosas... y.....

DON EVARISO

Y tan ricas.....

PEPE

Esa sí que es un fortuna (palmeándolo cariñosamente) Y

---

que hemos de hacer nuestras, si Don Evaristo, todo está en decidirse y ponernos sin demora, manos á la obra.

DON EVARISTO

Hombre todo quieres llevarlo á vapor!

PEPE

Es que partidos como estos son contados, unamos nuestras fuerzas y á ayudarnos.

DON EVARISTO

Cuenta conmigo.

PEPE

Y nada tema que facilmente lo hemos de alcanzar y entonces, una vez dueños de esos ángeles millonarios, aquello será vivir, no que uno, tiene ahora, que estar reducido al sueldillo de cronista de vida social. No habrá que llevar la cuenta de los días de hotel ni pensar en el coche del golf... y luego aquel paletete espléndido, el automóvil tan cómodo....

DON EVARISTO

La cosa es como para tentar.

PEPE

Y amén de todo esto, tenga Vd. seguro que á la

primera vacante le nombran ministro de la corte suprema ó quizá Presidente.

DON EVARISTO

No tanto hombre no tanto.

PEPE

¿Porqué no? Los méritos sobran en Vd. y sobre todo mi querido Don Evaristo, en este país para surgir, son necesarias las relaciones y estas se presentan solas, cuando se tiene un gran palacio, buena mesa, dinero, lujo, boato. Con que ya sabe Vd. el medio. Yo por mi parte me le declaro enseguida.

DON EVARISTO

No precipites las cosas, no vayan á salirnos mal.

PEPE

¿Mal? cree Vd. que yo he perdido el tiempo, ya el camino está preparado, muchos son los que la galantean, pero á nadie le temo fuera de Alberto. ¡No le conoceré ya el lado débil de Corita y Fernanda! Sacando á la niña en la vida social y llamándola flor del loto, cisne del Rin ó cualquiera otra de las que María Elena llama con razón, tonteras semejantes, tengo comprada á la madre y rendida á la hija,

(riendo y haciendo ademán de irse) Ya sabe Vd. el medio, ¡Ea pues, convenido; basta de charla y manos á la obra!

Le palmea sonriendo y se retorna alegre y festivo, por el corredor techado camino al salón. Don Evaristo desde su hamaca, le ve alejarse y también sonríe. Luego incorporándose con juvenil resolución, se pasea á grandes pasos.

#### DON EVARISTO

¡Manos á la obra!..... este muchacho no deja de tener razón, plazas como estas hay que tomarlas por asalto y qué plazas!..... Sí Fernanda ¡Á despecho de las iras de Eduardo, mía has de ser, que en lográndote á tí, he de lograr ser Ministro de la Corte Suprema y quizá Presidente! ¡Oh Evaristo, esto nunca lo habías soñado: ¡Presidente Presidente!

Alborozado prosigue Don Evaristo, en sus largos comentarios, sin ver á una sombra que se perfila tras los cristales, una deliciosa figura toda blanca, fina aún en su sombra. Blanca abre la puerta de la vidriera y al ver la actitud cómica de Don Evaristo se tiene sorprendida.

#### BLANCA

¿Por Dios, qué pasa Don Evaristo?

#### DON EVARISTO

¿Cómo, tú estabas aquí?

BLANCA

Llegaba en este momento, parece Vd. agitado, qué pasa?

DON EVARISTO

¡Qué ha de pasarme hija mía, que aquí donde me vés descansando, tengo tanto trabajo, tanto!

BLANCA

Muchos debe tener, cuando aún en estos momentos le preocupan

DON EVARISTO

Sí hija mía, abrumador. Tareas pesadas y muy graves.

BLANCA

Y que extraño, estaba Vd. solo?

DON EVARISTO

Qué dices hija, qué dices?

BLANCA

Que al llegar me ha parecido oírle exclamar en voz alta: Presidente! Presidente!

DON EVARISTO

Calla hija, que cosas estás diciendo; has de saber que tengo entre manos, un asunto que me preocupa

seriamente y aprovechaba estos momentos en que estaba solo, para abarcar en la mente á grandes rasgos sus variables faces y llevado por el calor de la imaginación parecíame estar desempeñando en la Cámara mis táreas de fiscal, y por eso decía: Señor Presidente, Señor Presidente.

BLANCA

Qué impulsivo es Vd.; no lo hubiera creído. Pero en fin, me doy cuenta tratándose de un asunto, me ha parecido oír, vinculado á Fernanda, no es así?

DON EVARISTO

(Esta chica se está burlando!) Sí hija, sí..... se trata justamente de la reivindicación de unas tierras.

BLANCA

Usurpadas por un tal Eduardo, no es verdad?

DON EVARISTO (turbado)

Sí, hija sí, es un asunto serio que no se debe traslucir y por eso te pido, que guardes la debida reserva, ahora..... me disculparás, si te dejo un momento..... pero debo hacer antes unas diligencias.

BLANCA

Relacionadas con ese asunto?

DON EVARISTO

Sí, y me disculparás..... que te deje un instante  
..... (se encamina hacia la puerta de la izquierda, Blanca lo mira sonriendo)

BLANCA

Como no, Don Evaristo..... ¡Hasta luego Señor  
Presidentel

DON EVARISTO

¡Ay de mí! (luego con tono de súplica) Y no te olvides  
reserva.

Don Evaristo se aleja presuroso, cerrando tras de sí, la puerta de la vidriera. Blanca le mira, y cuando le ve esfumarse trás de los cristales, apoya su mano en el respaldar de una silla y se desahoga suspirante.

BLANCA

Eduardo y él se la disputan..... ¡Qué miserial.... tanto que se afanan por el dinero, por el aparato, por el lujo, y el pobre Don Evaristo tiene razón, si llcga á casarse con Fernanda; teniendo millones todo lo ha de alcanzar..... Así es el mundo! si supieran que hoy tengo lo mismo que antes tenía, no me vería abandonada y reducida á pesearme en el salón, con el Ministro Alemán ó con Don Evaristo; me seguiría aquella cohorte de imbéciles aduladores

que se contentaban, con lograr de mis ojos una mirada, ó de mis labios una sonrisa, estaría rodeada de todas mis amigas, estaría con Celia, con Laura. con Silvia, con Leonor, con María Elena..... Oh! Dios mío, no acierto á darme cuenta, á comprenderlo!...

Sintiéndolo que en sus cuencas asoman las lagrimas, saca de su seno un pañolito de encajes y lo pasa por sus ojos, sus bellos ojos que bajo aquella sombra de tristeza parecen más hondos y más grandes Eduardo. abre la punta de la vidriera y al ver á Blanca en un extremo, sola y llorosa, sonríe con cruel alegría, llegándose á ella la llama por nombre. Blanca al volverse le mira llena de inquietante sorpresa.

EDUARDO

¡Pobre Blanca!

BLANCA

Que quiere Vd. de mí!

EDUARDO

Hablarla.

BLANCA

¿Hablarme? Qué, por ventura acechaba mis pasos, y halla el momento oportuno, para renovar sus súplicas de antes? Le prevengo que mi respuesta será a misma..... conqu..... si venía á ello, puede ya retirarse.

Pero no..... ¡pobre de mí!..... no deberé temerle, olvidaba que no soy, la de antes!.....

EDUARDO

Blanca, estas palabras ultrajantes, me ofenderían si no tuviera pena de la amargura, que en estos momentos encierra su corazón. ¡Pobre Blanca! nada tema de mí, rechace, mis ofrecimientos de amor, no voy á insistir más..... todo ha concluído, pero hoy que la veo abandonada, le tengo pena y por eso he venido á hablarla como un amigo, como un verdadero amigo.

BLANCA (sorpresa)

(Que querrá este hombre de mí?)

EDUARDO

Ha visto la frialdad con que la han recibido al entrar, la han abandonado y se han reído luego de su soledad; ni una palabra encontró para responder al tierno afecto que le prodigara, su inseparable amiga; la ha visto luego reirse, al verla sin compañero para entrar al salón y la ha visto vengarse de aquellas palabras que Vd. la dirigió, haciendo gala públicamente de su desden, al volverle cuando

le tenta de frente la cara, ó al mirarla con sus ojos provocadores y ultrajantes!

BLANCA (con fastidio)

Y á qué ha venido Vd. á recordármelo, cree por ventura que me importa!

EDUARDO

No Blanca, yo la conozco á Vd. bien. Sé cuan grande es su altivez, sé que aunque su corazón estalle de dolor, estaría impasible de pié, con la frente erguida y la mirada altiva y provocadora, lo sé porque es su carácter, pero sé también que debajo de esa figura de mármol insensible, hay un corazón de fuego que sufre, que se debate que llora!..... lo sé Blanca y por eso he venido á hablarla como un amigo, como un verdadero amigo.

BLANCA

Que tiene que decirme? le escucho.

EDUARDO

Si un cambio brusco de la fortuna, le ha hecho conocer el cúmulo de intereses mezquinos, de viles intrigas que encierra la sociedad ¿á qué exponerse á sufrir esas humillaciones y esos desdenes?..... No

Blanca, es necesario, evitarlos porque aunque su altivez sea grande para no ceder, van amargando su existencia y esas lágrimas que veo agolparse en sus ojos, esos sollozos que trata en vano de contener en su corazón, me están diciendo que no tiene la fuerza necesaria para esa lucha, tan dolorosa y tan grande.

BLANCA

Le agradezco el interés que se toma por mí, pero mal me conoce, si cree que me falta valor para arros-trar esos desdenes de esta gente miserable..... yo á mi vez, los conozco y los desprecio!

EDUARDO

Lo sé Blanca, ¿pero á qué esa lucha dolorosa é inútil, no vá á modificar á la sociedad?. Estos que hoy la desprecian, mañana si no tienen, serán á su vez despreciados, es el mundo!

BLANCA (llena de altivez)

¡Y á mí que me importa! Cree que he venido á men-digarles, sus saludos ó sus sonrisas?

EDUARDO (en voz baja, mirándola fijamente)

¿Y á qué ha venido? Pobre niña, no vé que todos

la abandonan..... no vé que le hacen el vacío ....  
no vé á María Elena..... no vé á Alberto.....

BLANCA (bruscamente)

¡No, él no!

EDUARDO (aparentando compasión)

¡Pobre Blanca, cuantos desengaños le esperan aún!

BLANCA

De él ninguno.

EDUARDO

¿Ninguno? (insinuante) Por ventura está á su lado,  
como debiera, si la amara?

BLANCA (con impaciencia)

¡Y á Vd. que le importa!

EDUARDO

Si no la estimara como la estimo, no me importaría; dé fé á mis palabras, supo por Pedro el camarero que Vd. había llegado y huía de Vd. trataba de evitar su encuentro; le ha visto llevar del brazo, á esa amiga, que delante de él la ultrajaba..... ¿sabe por ventura que es rara, la manera como aman los poetas?

BLANCA (fuera de sí)

¡Mentira! Mentira!

EDUARDO (tranquilamente)

Que miento. ¡Pobre niña! vea ,como tenía razón, al decirle que abandone cuanto antes este lugar, dé fé á mis palabras; los poetas tienen un corazón muy variable y muchas veces los cambios de la fortuna determinan cambios de corazón!

BLANCA (indignada interrumpiéndole)

¡No siga más con esas infamias, eso es una impos-tura vil, Alberto me ama, me ha jurado de nuevo, que me ama!

EDUARDO (sonriendo)

¡Oh eso sí, en los poetas, todo es sentimiento; le ha jurado que la amaba? pues sepa que la engaña!

BLANCA (con fiereza)

Qué, ¿Que Alberto me engaña? atrevase de nuevo á decírmelo! (con desprecio) Pero como voy á creerle si todo esto es una infamia, si me odia, si quiere vengarse! (luego bajando la voz, desesperada) ¡Oh sí Eduardo quiere vengarse, no es cierto? (luego rogándole en tono de súplica) ¡Oh por favor no sea cruel, dígame que es

mentira, dígame que es falso! Oh sí, no se vengue (sollozando) con mi pobre corazón, no le quite su única esperanza!

EDUARDO

¿Yo vengarme? se desengañará Vd. misma. Alberto la amaba, cuando tenía fortuna!

BLANCA

¿Y qué, acaso no la tengo?

EDUARDO (sorprendido)

¿Delira?

BLANCA

¡No, la tengo como antes, le asombra? Pues bien, es Vd. el primero que lo sabe. ¡la tengo como antes!

Eduardo la mira lleno de sorpresa, cuando de pronto alcanza á ver á María Elena, que del brazo de Alberto, se acerca por el corredor. Mientras llegan, la señala á Blanca, hablándole en voz baja y dejando caer las palabras, que desgarran el corazón de la dama, con un gesto vago.

EDUARDO

Ahí los tiene, se convence ahora.

BLANCA

¡Retírese!

A cercándose á María Elena, la toma del brazo y ambos se alejan por el corredor camino al salón, mientras Alberto se acerca á Blanca. Cuando llega, ella lo detiene con sus ojos, con el fiero

mirar de sus ojos, que guarnecidos por un cerco amoratado, parecen más profundos.

ALBERTO

¿Qué tienes Blanca? ¿qué ocurre? porqué me mirás así, porqué no me respondes..... porqué me rechazás?.....

BLANCA

¡Ah! Porqué te rechazo y aún tienes, el cinismo de preguntármelo.

ALBERTO (sorprendido)

Blanca, qué dices!

BLANCA

¡Déjame! ¿crées que ignoro que sabiendo por Pedro mi venida, huías de mí, que tratabas de evitar mi encuentro, crées por ventura que yo soy tonta, para saber que si me amáras, estarías á mi lado? ¿crées que soy ciega, para no ver como paseabas del brazo de esa amiga, tan pérfida como tú, crées que no he visto como me miraban esos ojos ultrajantes? Y eso entiendes tú por amor? ¡Oh, no busques de nuevo palabras engañosas para disculparte, no te tortures fingiendo, dime que me amabas cuando tenía! Ten valor, ya que estás libre de esta cadena que te ataba.....

ALBERTO

¡Desventurada que estás diciendo! has podido dudar de nuevo de mí, por las intrigas de ese hombre! Oyeme Blanca, ahora me doy cuenta! Eduardo quiere que te vayas, por eso ha venido á sembrar esas infamias en tú corazón. quiere que te vayas, porque sabe que te amo y quiere casarme con Corita, porque él ambiciona los millones de Fernanda y encuentra en mí el marido cómodo para su hija! Oh, lo entiendes ahora, pero tú eres incapaz de comprenderlo, pero créeme Blanca mía, lo que ese hombre busca, es que te vayas.

BLANCA

Eso ha venido ha decírmelo.

ALBERTO

Lo ves amor mío, te convences ahora?

BLANCA

¿Alberto, tú no amas á otra, no me engañas?

ALBERTO

¡Engañarte Blanca, cuando tú eres la única mujer á quién he amado después de mi madre en el mundo! Te lo juro por ella ¡amor mío! te lo juro por ella, que

ha muerto, por ella que es lo más sagrado por quién puedo jurarlo! dudas aún Blanca mía?

BLANCA

¡No, Alberto mío, perdón, perdóname que de nuevo haya podido dudar!

ALBERTO

Perdonartel cuando yo tengo la culpa, de haber dejado que sufieras tanto! Si yo tengo la culpa, pero ya no quiero más verte triste, no quiero más lágrimas de dolor! hoy mismo he de pedir á tú padre me conceda tu mano, quiero cuanto antes llamarte mi esposa!

BLANCA

¡Alberto mío y yo he podido dudar de tí!

ALBERTO

Oh ya no quiero más verte triste, no quiero más lágrimas de dolor ¿Cómo qué lloras aún?

BLANCA

¡Sí! ¡Oh Alberto deja. deja que corran esas lágrimas que son de arrepentimiento y de amor, deja que caigan esas lágrimas dulces, en tus brazos! ¡tuya para siempre tuya..... oh, reíos ahora todo

cuanto queráis que me importan vuestros desdenes!... Pero no Alberto, no! les tengo lástima si les tengo lástima..... porque viven una vida artificial..... porque no pueden ser felices, ignorando todo lo que el corazón encierra de verdadero, de poderoso, y de grandel

**P**rosiguen conversando sin cuidarse de la puerta de la vidriera que se abre dando paso á Cora, Fernanda, Pepe, María Elena Don Evaristo, y algunas señoras y caballeros.

Corita del brazo de Pepe, va delante haciéndole señas; viene muy contenta.

CORA

Aquí estamos bien, he querido reunir á todas mis amigas y amigos íntimos, porqué quiero comunicarles una gran noticia.....

VOCES

Vamos que es lo que hay? qué anuncio es ese?

DON EVARISTO

Si habrá salido con la suya?

CORA

Pués bien. Nuestro compromiso.

DON EVARISTO

(Eso se llama un buen golpe.)

**T**odos felicitan á Cora y á Pepe, felicitaciones que aquellos agradecen, luego las señoras saludan á Fernanda. Pepe acercándose á la puerta llama á un mozo, pidiéndole champagne.

DON EVARISTO

Ah! cuán contenta debe Vd. estar Fernanda. Pepe adora á Corita y no quiere otra cosa que hacerla feliz, un matrimonio excelente.

FERNANDA

¡Un matrimonio de amor! así es la juventud.....

DON EVARISTO

Y porque dice Vd. señora la juventud? acaso todo ser no necesita de un ideal, para sobrellevar la carga pesada de su existencia? porque ese ideal no puede ser para Vd. Fernanda también el amor!

CORA ( Separándose del grupo se acerca con Pepe á Blanca y á Alberto.)

Querida Blanca, venimos á comunicarte nuestro compromiso lo mismo que á Vd. Alberto.

BLANCA

Oh Corita cuanto agradezco tu atención! tú eres un angel y bien mereces ser feliz!

DON EVARISTO (á Fernanda)

¿Y porqué ha de condenarse á una eterna viudez, ha gozado tan poco del amor! porque rechazar sen-

---

timientos, que pueden hallar correspondencia en su corazón?

BLANCA

Y Cuando será el casamiento?

PEPE

No lo hemos pensado aún.

CORA

Quizá este invierno.....

UNA DAMA

¿Quiénes serán los que sigan á Pepe y á Cora? quizá tu, María Elena.....

MARÍA ELENA

¿Yo? que locura, y no sé con quién, ahora quienes serán los que sigan no lo sé, no todos los noviazgos son tan razonables como el presente y digo razonable, porque no soy partidaria de esos amores románticos que no arriban á nada, y que terminan siempre con lamentaciones á lo Yocelyn, cuando no toman un giro trágico estilo Butterfly. Entra un mozo trayendo champagne, Pepe sirve á las damas y caballeros. Todos brindan por los novios.)

UN CABALLERO

¡Que María Elena! que ideas tan extrañas tiene del amor.

DON EVARISTO

No hablará así cuando le conozca.

MARÍA ELENA

Pues no cambiaré de opinión, pues no espero conocerlo nunca.

DON EVARISTO

¿Nunca?.... Pues mira, yo te descubro, te he visto varias tardes, pasearte sola, á orillas del mar, en la playa del golf, á la luz de la luna .....

UNA DAMA

¿Y no había algún moro en la costa?

UN CABALLERO

Y era Vd. la que se reía de lo romántico! Bravo D. Evaristo siga descubriéndola.

MARÍA ELENA

¿Y qué se le ocurre?

DON EVARISTO

Pues pienso que tú estás..... enamorada, y que

hablas con desdén del amor, porque le conoces y le tiemblas!

MARÍA ELENA

Calle D. Evaristo enamorada yo, ¡ah, ha ahl á no ser que fuera Vd?.....

**C**orita con Pepe separandose de Blanca y de Alberto se acercána D. Evaristo

CORA

Ya le he oído D. Evaristo, después del Cotillón nos contará todo lo que sepa al respecto, también yo soy de su misma opinión, yo creo también que María Elena está enamorada.

MARÍA ELENA

¿También tú? como tu lo estás, crees que todas debemos estarlo.

CORA

Deja que D. Evaristo nos contará luego lo demás, verás como llegaremos á descubrirte quien es el príncipe Oriental (riendo y dando el brazo á Pepe y aprontándose á salir) Vamos Pepe, vamos á buscar por el salón á Valentina, quiero darle la noticia de nuestro compromiso, antes del Cotillón, que aún tendremos tiempo.— Bueno hasta luego (dirigiéndose á Fernanda) Un momento

mamá, las esperaremos en el salón ó vendremos á buscarlas. (salen por la puerta del fondo)

UN CABALLERO

Y en efecto, la hora del segundo Cotillón, se acerca.

MARÍA ELENA

Y yo debo presidirlo, y mi compañero ha desaparecido (dirigiéndose al caballero) No ha visto Vd. á Eduardo?

EL CABALLERO

Sí, al venir lo ví que al separarse de Vd. entraba al Casino y se acercaba al señor D. Bernardo.

BLANCA (á Alberto)

Lo oyes con papá. Alberto no sé porque temo, pero ese hombre, es capaz de todo. Vamos á buscarlo.

ALBERTO

Pero Blanca, que puedes temer ahora, que estoy á tu lado?

MARÍA ELENA (al caballero)

Y Eduardo no viene, me haría Vd. el favor de ir á buscarlo?

EL CABALLERO

Como nó.... con el mayor gusto. (camina unos pasos

hacia la puerta, luego volviéndose) Ahí lo tiene Vd. con el Sr. D. Bernardo.

Todos los ojos se vuelven hacia una de las puertas de la vidriera, que se abre, dando paso á Eduardo que asoma precediendo al Sr. D. Bernardo. Este es un caballero de gallarda apostura, ya todo cano. La hija le mira llena de inquietud y se estremecé toda pálida. En aquél rápido mirar se ha dado cuenta del estado de su padre. El Sr. D. Bernardo camina del brazo de Eduardo despacio y con andar vacilante.

BLANCA (toda {temblórosa)

¡Lo vés Alberto, papá esta mall... y lo trae aquí, á que todos le vean, que hombre infame y sin compasión!

ALBERTO

¡Que canalla!

FERNANDO

(¡Pobre niña!)

DON ENRIQUE

(¡Qué pena me da!)

MARÍA ELENA (sonriendo)

Al fin llega... le esperábamos para el Cotillón.

EDUARDO

¡Ah cierto es que debo presidirlo, (sonriendo) pero si quiere aceptar por compañero en mi reemplazo á don Bernardo, yo acepto el cambio,

ALBERTO

(¡Qué miserable!)

DON BERNARDO

Yo de baile?.... ya pasaron mis tiempos.... bailen Vds., yo ya soy viejo.

UNA SEÑORA

Lástima grande..... porque sabes María Elena, que debieras aceptar el cambio? aunque mejor será, que lo dejes para el próximo baile de carnaval, tú podrás vestirme de emperatriz Eugenia....

EDUARDO

Y Don Bernardo acompañarte de Falstaff,

ALBERTO

(¡Qué violencia!)

BLANCA (á Alberto)

(¡Llévate á Papá!)

DON BERNARDO

...¡Ah y creen, que porque sea viejo no he de poder bailar...

Se levanta para dar unos compases y tira una mesita y él mismo, próximo á caer es sostenido por Alberto y Don Evaristo, Alberto hace señas á éste, de que lo ayude á llevarlo mientras Fernanda acercándose á Blanca que está desolada, trata de calmarla.

BLANCA (á Fernanda)

¡Ah esto ya es demasiado, Dios mío ya no puedo más!

DON BERNARDO

No ha sido nada, no es nada.

DON EVARISTO

Venga amigo, debemos hablarle...

DON BERNARDO

¿Hablarne? Ah seguro que vienen á felicitarne. Ah con que ya lo sabían.... festejaremos la fortuna con una comida (volviéndose á las damas, ya cerca de la puerta ...y un gran baile para Vds. señoras... ¡ah con que sabían que de nuevo soy millonario!...

(Se aleja acompañado de Alberto y Don Evaristo y se oye en le ansioso silencio el eco de aquella voz incoherente que resuena á lo lejos, en el corredor. Eduardo toma del brazo á María Elena y los demás caballeros le imitan. Cuando se aprestan para encaminars al salón volviéndose á las parejas les dice)

EDUARDO

Y bien señores, nosotros á bailar el Cotillón y á prepararnos entre tanto, para el baile del señor don Bernardo.

UNA SEÑORA

¡Hermoso baile!

## EDUARDO

Dice bien Señora, hermoso baile, iremos coronados de guirnaldas de flores, y bermejós pámpanos coronarán las copas que abundante Falerno llenará con su espuma.... ¡Qué hermoso atavismo! ¡Volver á los tiempos felices de Grecia y de Roma!

**T**odos se aprestan á retirarse festejando las palabras de Eduardo, pero Blanca deshaciéndose de los brazos do Fernanda, corre hacia Eduardo, y deteniéndole y clavándole su mirada, le dice plena de sarcasmo y de fiera.

## BLANCA

¡Ah pero no se vaya sin recibir mis parabienes Señor Comediante!.... ¿Es este por ventura, el momento más propicio que ha encontrado, para darme prueba de esa amistad de que hacía gala delante de mi, valiéndose del estado de mi padre del que seguro tiene la culpa? ¡Ah miserable, ha calculado que ese medio sería más convincente para mí, que todas sus razones y argumentos! Me voy lo entiende, pero no quiero irme, sin quitarle la máscara y descubrirle la cara!

Eduardo turbado habla algunas palabras con los que están á su alrededor, todos se miran suspensos y sorprendidos.

¡Hable no tenga temor..... dígales que ha logrado ya su fin..... no tenga temor de que se asombren de sus infamias, si todos ellos son tan miserables como Vd. (todos se sorprenden y se apartan) cuénteles lo que ha venido hace un momento á sembrar en mi corazón..... los planes siniestros que abriga! (con repugnancia) pero no, hace bien, en callar porque me dá asco su voz, hableles á ellos, hace bien son dignos de escucharle.... aunque no comediantes son tan falsos como Vd.!... . (dirigiéndose luego á María Elena llena de dolor y de indignación) ¡Sí falsa y pérfida has sido para mí, tú la amiga más querida, tú María Elena, tú Delia, tú Silvia, tú LEONOR, (Dirigiéndose á las que nombra —todos asustados se van insensiblemente retirando hacia la puerta del fondo) todas vosotras, si no hay ningunal todas sois lo mismo, todas falsas, todas miserables! notando que se retiran) ¡os retiráis, hacéis bien dejadme sola..... yo os desprecio, sí, retiraos (indicándoles la puerta) retiraos, dejadme sola!

**P**ronuncia estas palabras con la voz llena de indignación y de violencia, y cuando termina, aquel fiero ademán de su su diestra, pierdura en las retinas, como un eco torturador y consonante.

Todos se apartan, estremeciéndose ante aquella propia vision, aún más pavorosa, y solo Eduardo, tiene valor para alzar sus ojos y volverlos, al tiempo que la dama jadeante y sin poder contenerse cae en brazos de Fernanda, estallando en fuertes sollozos.

ASÍ TERMINA ESTA SEGUNDA ESTANCIA

## TERCERA ESTANCIA

*A Mme. Leonor Cabral de Vivot*

**U**NA noche de luna en una terraza de un departamento de dormitorios del Bristol. Una balastrada la circunda y el negro barandal, bajo la luna, brilla con reflejos plateadas y fantásticos. A un lado se levantan las habitaciones y á su frente una escalinata de piedras baja al jardín, un jardín de hotel casi abandonado.

Sobre los edificios más próximos, las techumbres de las casillas de la rambla, á lo lejos, semicircular, parecen un revuelo detenido de pájaros inmensos y blancos. Detrás el mar adormido, respira con una calma blanda, misteriosa y serena

Junto á la punta de las habitaciones, dos mozos de hotel, cargan baules y agrupan maletas. A veces interrumpen su tarea y se dis- traen conversando.

PEDRO

Pues Señor lo que son las ocurrencias de esta gente. Tomarse el trabajo de venir ayer, para mandarse mudar al día siguiente y á la madrugada.

AGUSTIN

Valía la pena traer tantas maletas y tantos baules.

PEDRO

Siempre han estado aquí, dos meses. De pronto se les habrá ocurrido irse, porque la niña Blanca quedó muy contenta al saber que estaban en el hotel, la niña María Elena y el señor Alberto.

AGUSTÍN

Han gozado del baile, se les habrá antojado irse y se van... tienen como hacerlo. ¡Lo que es amigo, el poder del dinero, para esta gente no hay caprichos que no se realicen, ni deseos que no se cumplan.!

**A**SOMA por la escalera un mozo de hotel. Va en busca de los otros, lleno de misterio y los ojos conqueridores y brillantes. Se llama José.

JOSÉ

¡Cosas estrañas, ocurren esta noche por aca!

AGUSTÍN

¿Te asombra que anoche llegáran y hoy vuelvan? Pues hombre, han gozado del baile y se les ha antojado irse y se van; tienen como hacerlo.

JOSÉ

¿Pero Vds. nada saben?

## LOS DOS MOZOS

¿ Que pasa ?

JOSÉ ( en voz baja )

Pues oigan : Acabo de saberlo por Mary, la camarera del servicio del departamento del señor Don Bernardo. Me ha contado asombrada, que como á eso de la una de la mañana, volvió el señor del salón, acompañado del señor Alberto y del señor Don Evaristo, y que luego al rato volvió la niña Blanca. con la señora Fernanda y que venía la pobre cilla llorando.

PEDRO Y AGUSTÍN ( sorprendidos )

¿ Llorando ?

JOSÉ ( Si llorando )

Dice Mary que al ratito llegó muy apresurada del salón, la niña Cora con el señor Pepe, y que venían los dos muy asustados. La señora y la niña se quedaron con ella largo rato, tratando de calmarla y apenas hará cosa de una hora salieron dejándola acostada, encargándole á Mary que tan pronto como despertara, fuera á buscarlas. Al rato despertó y Mary quiso llamarlas, pero ella se lo prohibió diciéndole

que las dejara descansar, que poco estaría sola porque el tren de regreso partiría á las cinco, y añade Mary que como faltaba tiempo para esa hora, se atrevió á decirle si no quería que llamase á la niña María Elena ó alguna otra de sus amigas que estaban en el salón, y cuenta Mary, que la pobrecita no pudiendo contenerse le respondió en medio de lágrimas : ¡ « mis amigas » ! Pobre Mary quedate conmigo, acompaña-me, tú eres más humilde pero tienes más corazón...

PEDRO

¿Que le habrán hecho ? ¡ pobre niña !

JOSE

El viaje lo han resuelto de improviso. La niña quiso regresar cuanto antes. pidiendo á la señora Fernanda que mandase disponer un expreso para la madrugada ; por eso parten de acá una media hora, á las cinco.

PEDRO

¡ Pobre niña ! ¿ Pero que le habrán hecho para hacerla sufrir ? Y que motivo, que motivo puede haberles dado, si es una santa !

JOSÉ

La causa no la sé; pero para mí, algo hay de dinero.

AGUSTÍN

¿ Que dices ?

JOSÉ

Cuenta Mary que, cuando llegó con la señora Fernanda la niña Blanca exclamó; « Todo es Fernanda, porque creen que de mi ya no tienen que esperar ».

PEDRO ( como recordando )

¿ Será entonces cierto lo que el otro día oí conversar ?

AGUSTÍN

¿ Que cosa has oído ? Cuentanos.

PEDRO

Se lo oí á dos señores en el comedor. ¿ Se acuerdan de aquel señor grueso, buen mozo, que tenía una señora muy linda y tres niñitas, y que ocupaba el año pasado este departamento que hoy ocupa el señor Don Bernardo ?

AGUSTÍN

Sí. El señor Mendez, que debido á los malos negocios se mató.

FEDRO

Justamente; pues según lo que oí, á su muerte, el señor Don Bernardo que era su socio, debió pagar una cantidad tan enorme, que casi ha quedado en la calle. Por eso fué una sorpresa la mía ,ayer, al verlos en la estación con el lujo de siempre y yo me dije no hay duda que en lo oído hay mucha exageración.

JOSÊ

Pues y aunque fuera cierto; todo eso, nada tiene que ver, para que lo trataran de esa manera...

PEDRO

No se como han tenido valor, siendo la señorita tan buena y tan linda.

JOSÉ

¡ Que infames !

AGUSTÍN

Ya las castigaré Dios. (dirigiéndose á José) Vamos José, ayúdame.

## PEDRO

Apureense, que no hay mucho tiempo.

Los mozos se levantan y cargando los baules descienden por la escalera. Mientras bajan, prosiguen sus comentarios. Por el corredor de las habitaciones resuenan pasos y surge de la sombra la silueta de la dama y su deliciosa figura toda blanca á la luz de la luna parece idealizada y romántica.

Se detiene en el dintel, al oír las voces de los mozos que bajan y cuando sus acentos se alejan, se vuelve hacia Alberto que está á su lado y le habla suspirante.

## BLANCA

¡Pobre gente!. Si no son los elegidos de la inteligencia, son los que conservan en cambio el corazón... Tú reunes, Alberto mío esas dos cosas... Grande en tu inteligencia, pero es más grande si cabe, tu corazón!

## ALBERTO

¡Blanca mía! sólo una pena amengua mi felicidad y es que mi amor no logre desterrar, ese dejo de tristeza de que están impregnadas tus palabras, ¡Yo quisiera poderte hacerte tan feliz!

## BLANCA

¡Sí lo soy, Alberto, sí lo soy, como no hubiera podido imaginarlo nunca....! ¿Quieres saber como soy de feliz? ¡Pues oyeme! Esta noche, cuando en bra-

zos de Fernanda regresaba del salón, humillada, despreciada por todos, solo pensé en irme cuanto antes de este lugar, pero esta resolución hacía más amarga mi soledad y aumentaba más mi dolor... al irme era á tí á quien yo abandonaba para siempre, porque en esa situación, no podía pensar en exigirte el cumplimiento de tus palabras, ó aceptarlas, cuando ello importaba obligarte á que rompieras con la sociedad, á que te aislaras de ella..... Y así, en este estado de amargura, en que estos pensamientos sombríos venían á mezclarse con la aterradora realidad, anonadado se encontraba mi espíritu, cuando viniste con mi padre y Fernanda á comunicarme tu resolución..... y todas estas ideas negras se desvanecieron como por encanto, cuando tú inflexible á todas razones y argumentos que yo oponía, aunque desgarrándome el corazón, me respondías que todo eso no tenía para tí valor, y que mil veces romperías con los convencionalismos de la sociedad, si mil veces lo fuera necesario, para lograr lo que tu llamabas, la felicidad de poseerme, de que fuera tuya !.....

¡Y entonces, esforzándome en dominar mi contento, permanecía muda, sin atreverme á romper el encanto de tu voz, y en tanto que tu hablabas, en tanto que tu me pintabas con acentos dulcísimos, tus bellos proyectos de nuestra vida futura.. loca de alegría reía, reía si dentro de mi, pensando que la Providencia más previsora y menos romántica que los poetas enamorados, no lo había querido disponer así!

ALBERTO

¿Qué estás diciendo ?

BLANCA

¡Ah... es mi secreto ! El secreto que no debes conocer aún, pero que servirá para mostrarte, que la Providencia, no se olvida como los hombres y no abandona desamparados á sus hijos en el dolor... Pero no.. no lo sabrás aún.. no quiero desvanecer parte de tus ilusiones y de tus ensueños ! ellos hacen tanto bien á mi corazón... ¡ me hacen tan feliz, que casi, á veces hubiera deseado que se prolongaran siempre.. Sí.. porque al traves de ellos Alberto mío, he llegado á conocer, todo lo que hay de bondad en tu alma, de grandeza en tu corazón!...

ALBERTO

¡Oh Blanca mía, él solo es grande para amarte, para adorarte pero aún es pequeño para encerrar todo lo que tu mereces de amor!... y sin embargo te amo tanto tanto!

Ambos callan, y el idilio de sus palabras parece tornar redivicente en el mirar de sus ojos, que se atraen, enamorados y ardientes. El galán toma la mano de la dama é intenta besarla, cuando ella retrocede asustada. Ha oído en el silencio, un débil sollozo que parece un lamento.

BLANCA

¿Has oído?

ALBERTO

¿Qué?

BLANCA

No lo sé, algo así como un quejido.

ALBERTO

Sueñas mí Blanca. Quizá el murmullo del mar, unido á un eco del salón, que ha traído el viento.

BLANCA

Me habré engañado.... (velando la voz con trist eza  
Quizá tengas razón, algún eco de nuevas burlas dirigidas hacia mí...

ALBERTO

¿Á que vuelves á eso, no lo recuerdes más. Para ti, que importa !

BLANCA

No, es todavía demasiado pronto para que pueda olvidarlo... Pero no pienses por ello que guardo rencor, solo siento un vacío muy grande... ¡ Han sido mis amigas !

Se oye otro sollozo semejante al primero, y al oírle Blanca y Alberto, se levantan sobresaltados. Un murmullo apagado de voces sube desde el jardín y ambos se dirigen á la escalinata, cuando Fernanda les detiene asomando por ella. Toda misteriosa, aparta á Alberto con una señal de silencio y luego acercandose á Blanca, murmura unas palabras en su oído.

FERNANDA

Sin atreverse á subir, la he encontrado junto á la escalera, llorando.

Blanca apresurada baja corriendo, mientras Fernanda hace señas á Alberto cada vez más sorprendido, para que la siga hacia las habitaciones. Apenas desaparecen, asoman por la escalera, María Elena y Blanca. María Elena apoyándose en el brazo de Blanca sube las gradas, con los ojos bajos y llorando.

BLANCA

Cálmate querida. No llores.

MARÍA ELENA

Tú eres una santa y yo he podido ofenderte ! ¡No me rechazes Blanca tenme compasión !

BLANCA

¿Rechazarte ? ¿No estas en mis brazos ?

MARÍA ELENA

¿No lo has comprendido ?...

**A**lza su cabeza con un largo suspiro, y mientras sus manos se apoyan en el frio barandal de hierro, sus ojos ardientes buscan en la oscuridad que poco á poco se aclara, las pupilas de Blanca.

MARÍA ELENA

¿No lo has comprendido Blanca ?... ¡Ay...! Le amaba !... Aquí en Mar del Plata le conocí. Fué un Sábado en San Pedro... serían las cinco... En la soledad mística del precioso templo, sólo se oían nuestras voces interrumpidas que el coro ensayabamos. Una pelumbra crespular aromaba el santuario, y solo en el altar mayor una débil lámpara, velaba al Señor Sacramentado, dormido en su sueño de inefable amor ! De pronto oimos un rumor de pasos y una jóven pareja del pueblo seguida de pequeño sequito apareció... Iban á casarse... Los coros mal ensayados no condecían con la tocante sencillez de la

ceremonia y todas callamos... de pronto creí divisarle entre el pequeño sequito. Y no me engañé, era él, era Alberto, á quién el novio, pobre labriego protegido suyo, conociendo su llegada, había ido á invitarle.

Verdadera sorpresa causó el encuentro en las que estaban á mi alrededor, y en el murmullo de las conversaciones, oí tu nombre y no se quién dijo «la habrá olvidado». Y yó oí esta frase, y con ella comenzó mi culpa, porque yo no ignoraba como tú le amabas y sin embargo esa frase me llenó de un extraño placer... ¡llegué á desear que ese olvido fuera cierto...! Ya culpable, seguí contemplándole... ¿Que efecto fascinador, me produjo aquella figura noblemente varonil, que se destacaba en medio de los sencillos labriegos como un rayo de sol entre las sombras?... ¡Ah, no lo sé!... un deseo intentísimo me acometió de seducirle, de hacer que volviera hacia mí sus ojos dirigidos hacia al altar. No pensé que estaba en el templo... ¿Y sabes de que me valí? ¿Sabes como pude lograrlo? Tenía en mis manos el «Souvenez - vous Vierge Marie» de Massenet y llamando á Corita para que me acompañara en

el organo, canté... Apenas había comenzado cuando le ví volverse. Yo estaba radiante, y canté como nunca, me lo decían todas sorprendidas... ¡sí... pero la dulcísima plegaria de Massenet, no fué cantada: para la Virgen, no fué cantada para los novios, no la canté para él... solo para él!...

Al descender del coro, los novios llorando me besaron las manos y fué entonces la vez primera que, temblorosa uní la mía á la que tendía Alberto, á la vez que presentándose, murmuraba sus felicitaciones: No tanto, exclamó por su voz espléndida señorita, cuanto la bondad inmensa de su corazón. Gracias por ellos! y salieron.

Nosotras les seguimos y yo salía la última, cuando cerca de la puerta al persignarme, una visión horrible, me llenó de espanto paralizándome de terror. Al alzar los ojos vi en los de la Virgen, una dura mirada de reproche, y aunque sin duda fué aquella una alucinación, me sentí culpable y salí apresurada para no volver más... ¡Ah pero ya era tarde... yá « EL MÁS FUERTE », se había apoderado de todo mi ser,

sin que mi espíritu influyera, sin que tuviera conciencia l...

Tú llegaste en la hora terrible en que esa lucha desgarraba mi corazón. Debí ser fuerte, pero lejos de resistir, bastó una palabra de un hombre ruín y miserable, para que profanara la amistad, como ya había profanado el templo. Y entonces dos veces culpable, la embriaguez de la fiebre ofuscó mis sentimientos, hasta el punto de producirme la vista de tu desamparo, indefinible placer. pensaba que te irías dejándole libre y esta idea que iba á estallar en un grito de irrefrenable alegría, se ahogó en mi garganta. cuando ví que te alzabas como un fantasma vengador, y clavando en los míos tus ojos, me dijiste aquellas palabras que aún siento en mis oídos: «¡pérfida, eres tú, María Elena!» esas palabras me volvieron á la realidad, sentí horror de mi misma. y sin desplegar los labios seguí como un autómata del brazo de ese hombre...

BLANCA

¡Pobre María Elena cuanto debiste sufrir

## MARÍA ELENA

¡Que danza aquella! La cabeza me daba vueltas, las lágrimas se me agolpaban en los ojos, mis pobres ojos deslumbrados, que miraban sin ver... y solo oía el eco de tus palabras que traspasaban mi corazón!... No sé si la concluí, porque dejando al salón, corrí a mi cuarto. Allí, he pasado la noche llorando... no me atrevía a llegarme hasta aquí.

Los sollozos ahogan de nuevo sus palabras y sus labios se cierran, unos labios tremulos y contraídos como los de una muerta.

## BLANCA

Hiciste mal ¿porque no tuviste confianza? Porque no me confiaste el drama de tu corazón? Quizá...

MARÍA ELENA (interrumpiéndola)

No. Debí ser fuerte y lejos de resistir, cedí. Dios ha sido justo... Tu me has perdonado, pero aún me resta, la expiación a Nuestra Señora... Esta tarde, cuando de nuevo la penumbra crespular llene las naves del templo, volveré como aquella tarde a cantar: pero esta vez la dulce plegaria de Massenet, será para ella, solo para ella...!

Las dos amigas se abrazan de nuevo, y bajo la luz del crepúsculo sonriente y matinal, hay algo de místico en aquel abrazo, don

de se confunden dos almas y dos lágrimas. las del arrepentimiento y las de la piedad.

Cora asoma por la escalinata y corre hacia las habitaciones, pero al ver á María Elena abrazada de Blanca, detiéndose sorprendida.

CORA

Blanca, corría á buscarte, algunas señoras y caballeros. al saber que te vás, desean saludarte y despedirte.

BLANCA

¿Donde están?

CORA

Con Pepe, aquí abajo, en el jardín.

BLANCA

¿Y porqué no han subido? ¿porqué no han venido contigo?

CORA

Porque... aguardaban tu asentimiento. Pero corro á decirles que tú les esperas.

**B**aja apresuradamente la escalera, mientras María Elena alzando sus ojos. mira á su amiga con una expresión á la vez dolorosa y feliz.

MARÍA ELENA

Vés como todos te quieren, como no son de mal corazón... Pero ellos no han tenido la culpa tu sabes lo que es la gente, si hubieran visto que te

recibía en mis brazos, no se hubieran atrevido á hacerte de lado, porque no son malos, no, tú los conoces, nuestra sociedad no es mala, será frívola, lijera, si tú quieres, superficial, pero buena, muy buena en el fondo.

BLANCA

No hablemos más María Elena. De esta noche nada quiero recordar.

**P**ROCEDIDOS por Cora y por Pepe, algunas damas y caballeros aparecen en la escalera y á la vista de Blanca, que les sale al encuentro, afable y sonriente, se detienen confundidos. Ella comprende su turbación y tiende los brazos á las damas, besando á cada una de las que nombra. Luego estrecha á los caballeros la mano. Un mozo asoma por la escalera.

EL MOZO

Niña, es la hora. El coche está pronto.

BLANCA

Gracias. ¿Quiere hacerme el servicio de avisarle á papá y al señor Alberto?

EL MOZO

Como no, niña voy enseguida.

BLANCA

Porque también Alberto, se va con nosotros.

CORA

Felizmente. así iran más acompañados.

MARIA ELENA

¡Y olvidarás esta noche tan dolorosa por mi culpa!

BLANCA

Cállate María Elena. ¿No me habías prometido no hablar más? Ya te lo he dicho que todo lo he olvidado, que soy para tí la misma amiga, como lo soy para tí, Elena, Celia, Lía, Laura. .

**S**ONRIENDO mira á cada una de las que nombra y sus ojos, sus bellos ojos negros, parecen iluminarse con una lumbre de ventura no esperada y feliz. Don Bernardo, Don Evaristo, Fernanda y Alberto aparecen en la puerta de los dormitorios y ante el grupo de las damas y los caballeros, se detienen sorprendidos. Blanca se acerca á su padre.

BLANCA

¡Nuestros amigos Papá, que al saber que nos vamos, han tenido la gentileza de venir á saludarnos.

DON BERNARDO

Os agradezco señores, grandemente vuestra atención, y más os agradezco, porque era yo, quien estaba obligado, á solicitar vuestro perdón.

UNA DAMA

Por el contrario Señor Don Bernardo, nosotros todos lo estábamos para con Vd. y para con su hija.

## BLANCA

¡Oh Señores! Nuestras almas rebozan de alegría y de contento. ¿porqué no olvidar penas que pueden ser olvidadas para siempre? ¿No estamos reunidos y juntos?... ¡Oh pero que hermoso mirad! ¡Va á surgir el sol... se han alejado las sombras y el cielo claro, difunde sus celajes pálidos en la inmensidad del mar que al concento de las brisas' estalla en himnos al día que nace y á la noche que muere...! ¿no oís los himnos armoniosos de los pájaros? los ladridos lejanos de perros? los cantos de las aves, veis las flores que se abren á la luz matinal...?

## ALBERTO

¡Todo eso es energía que se despierta, vida que surge...!

## BLANCA

Y bien señores ¿porqué este canto de la naturaleza que renace, no ha de borrar nuestros recuerdos sombríos y no ha de arrancarnos vibraciones del alma, cuando todo lo que nos rodea, es alegría, vida, luz!

**E**L mozo reaparece en la escalera y hace á la dama señales de que ya es tarde. Al tiempo que se oye el ruido de los cascabeles de la volanta que llega, y sela siente detenerse junto á la escalinata en el jardín.

BLANCA

¡Un momento Pedro, un momento, para contar á estos señores las bondades de mi Dios! Mi padre, ha recuperado su fortuna. Un tío de Cárlos Méndez muerto ha poco en Europa, legó á su desgraciada familia, sus caudales y la digna viuda se apresuró á cumplir su deuda... No creáis que me hace feliz el poseer de nuevo riquezas que para mí no tienen valor; pero si ha llenado mi alma de satisfacción, el saber que esa madre abandonada, no tendrá que ganarse como hasta ahora, trabajando, el sustento de sus hijos,

FERNANDA

Dios es justo hija mia, ha premiado á esa noble viuda madre, y ha premiado en tí á la hija ejemplar.

BLANCA

Si Fernanda, es verdad. Dios ha tenido conmigo demasiada clemencia, al concederme algo demasiado grande ¿No es verdad padre mío?

## DON BERNARDO

No Blanca mía, bien justo ha sido al conceder la felicidad, á dos corazones, que méritos sobrados, tenían para merecerla. Señores tengo el placer de participaros que acabo de conceder, al Doctor Teodoro Alberto de la Quintana y Riglos, la mano de mi hija.

Las damas y caballeros se acercan á Blanca y de felicitaciones hay un largo comentario. María Elena desprendiéndose de los brazos de Blanca, se acerca á Alberto y se detiene junto á él, sin poder articular una sola palabra. El temblor de sus labios, traiciona su resolución, mientras sus ojos, sus hermosos ojos, brillan con dos lágrimas deshechas en el fondo. Cuando logra contenerse le habla con una voz velada y dolorosa que no parece la suya.

## MARIA ELENA

Alberto, voy á hacerle un pedido: Sea Vd. digno de ella! El destino ha querido pesar en esta noche todas sus crueldades y sus horrores sobre la pobre Blanca, para que Vd. la apreciara más si cabe, para que supiera valorarla, comprenderla y admirarla. ¡Sea Vd. digno de ella! Se lleva á una gran mujer, á una alma escogida, valerosa y fuerte.

## ALBERTO (conmovido)

¡Gracias María Elena! Bien sé, que debo agradecer á la Providencia, una compañera que no la merezco.

**M**ARÍA Elena se aleja á otro grupo, y Alberto al volverse encuentra á Blanca, que le escuchaba desde hacía un momento. Los dos enamorados se miran, y ella le sonríe en los ojos, al tiempo que su boca, insinúa un gesto de enojo sentimental.

## BLANCA

¿Que decías Alberto mío? Que estabas diciendo, tú no merecerme, cuando pobre cosa soy para tí! cuando no he conocido otra ambición, cuando no he tenido otros desvelos, que el llegar á inspirar amor, á ser como lo soy amada por ese corazón clemente, por esa alma sincera y pura, por esa inteligencia poderosa y grande... ¡Oh Alberto soy tan feliz, que casi tengo temor de tanta felicidad!

**A**SOMA de nuevo por la escalinata el mozo de hotel y baja luego transportando al carruaje las pequeñas maletas. Blanca, Don Bernardo y Alberto se despiden de las damas y de los caballeros y descienden la escalinata camino al jardín.

## FERNANDA

No nos digas adios. Dinos hasta la vuelta.

## UNA NIÑA

Prométenos que volverás.

## BLANCA

Si Dios quiere el año que viene... de regreso de Europa...

## DON BERNARDO

Volverán juntos.

UNA sonrisa de felicidad ilumina el rostro de Blanca, y sus ojos, sus hermosos ojos regocijados en aquella visión parecen más negros y más grandes. Ya descende cuando al volverse vé á María Elena, que al intentar seguirla, se ha detenido junto al barandal, de nuevo llorosa, y subiendo la escalinata, la estrecha entre sus brazos.

BLANCA

¡Adios María Elena de mi alma!

MARIA ELENA

¡Adios Blanca! Y como hoy siempre perdona.

BLANCA

¿Calla que vuelve de nuevo?... María Elena creeme, en medio de mi alegría tu constituyes mi único dolor.

MARIA ELENA

¡No! aquello fué sólo un momento de delirio, de fiebre, y ahora el castigo que impone la Providencia, más justa que tú... Pero no Blanca, al haberme perdonado, me has hecho de nuevo feliz.

LA VOZ DE DON BERNARDO

¡Blanca hija mía ven!

## LA VOZ DE ALBERTO

¡ Blanca !

BLANCA

¡ Ya voy !

**D**ESPREDIÉNDOSE de los brazos de María Elena, desciende la escalinata. Ella la mira partir y arreglando con sus manos la onda deshecha de sus negros cabellos, se dispone á seguirla, cuando se detiene toda sorprendida é indignada, ante la figura de Eduardo que desde la puerta de las habitaciones, la mira con cinismo, sarcástico y sonriente.

EDUARDO

¡ Con que la hemos perdido !... Se nos van y juntos... ¡ ah, ah !

MARIA ELENA

¿ Y ha tenido Vd. el valor de presenciario ? ¿ No tiene conciencia ? ¡ Pero no, hizo bien, era su castigo, miserable !

EDUARDO

¡ Y también el suyo !

MARIA ELENA

¡ Si el tiene razón, pero me venció «EL MAS FUERTE» porque al menos, yo amaba !...

**E**stalla sollozante sin poder contenerse, y sus sollozos se ahogan, en el sonar de los cascabeles del coche que parte y el vociferio de la despedida.

## LA VOZ DE BLANCA

¡ Adios María Elena adios !

**R**EPONIÉNDOSE corre hacia de la terraza y sin poder contestarle, permanece un instante mirándola, los ojos mudos y desesperados.

## MARIA ELENA

¡ Adios Blanca !... ¡ Adios Alberto !

**A**poyada en el barrandal, mientras sus manos crispadas agitan un pañolito de encajes, sigue mirando al carruaje, que se aleja trompicando por la calle empedrada y arenosa.

En el doblar de una esquina le ve desaparecer, y entonces con las cuencas anegadas de lágrimas, baja los párpados, y clama sollozante:

¡ Señor ! ¡ Porqué le amaré tanto !

ASI TERMINA FSTA TERCERA ESTANCIA

